

HILDEGART

P
A
T
E
R
N
I
D
A
D
V
O
L
U
N
T
A
R
I
A

MEDIOS PARA
EVITAR EL
EMBARAZO

CON
PROFUSION
DE
GRABADOS

EDICIONES JULIO PI - MATARÓ

DL

64113

DL

2134113

PATERNIDAD VOLUNTARIA

MEDIOS PARA EVITAR
EL EMBARAZO



1987. Imprenta FORS. - Calle S. Roque, 2. - VILASAR DE MAR

Biblioteca Nacional de España
DONATIVO

Ejemplar donado por: *Javier Puente*
Fecha 22-09-2011

HILDEGART

PATERNIDAD
VOLUNTARIA



MEDIOS
PARA EVITAR
EL EMBARAZO



EDICIONES JULIO PI
MATARÓ

LIBROS DE LA AUTORA

Tres amores históricos: Romeo y Julieta, Abelardo y Eloisa y Los Amantes de Teruel. Premio de los Juegos Florales de la Corona de Aragón, editada por la Diputación de Teruel. 1929.

El problema eugénico, segunda edición. 1951.

La limitación de la prole. 1950.

Educación sexual. 1951.

El problema sexual tratado por una mujer española. 1951.

Sexo y amor (Cuadernos de Cultura). 1951.

La revolución sexual (Cuadernos de Cultura). 1951.

PATERNIDAD VOLUNTARIA

I

Paternidad consciente

«Hasta ahora el acto procreador ha sido sólo un acto instintivo tal como existía en la edad de las cavernas. Es el único de nuestros instintos que no ha sido civilizado.

El acto más grande, más elevado que pueda realizar un hombre durante su existencia y del cual depende la conservación y la mejora de la especie, se lleva a cabo en la aurora del siglo XX como se hacía en la edad de piedra.»

PROFESOR PINAR

¿Qué es y puede significar la paternidad consciente? ¿Hasta dónde puede llegar la conciencia en el acto de la procreación? ¿Es éste producto de un instinto o puede ser controlado por la conciencia de los generadores?... Inquietantes temas los planteados que, sometidos a estudio de psicólogos, médicos, biólogos y moralistas han llegado a una misma y única con-

secuencia: el hombre *puede y debe* apreciar cuándo genera un hijo. Para ello nada como desearlo y vivir para él. Para ello, nada también como evitar que ese hijo venga al mundo impensadamente y contra su voluntad. La primera, paternidad consciente positiva, es la que aconseja al hombre en el momento en que desea un nuevo ser poner en la concepción todos sus anhelos, pensar para él, vivir para él; que él ocupe los temas de sus conversaciones con la madre; que él sea en estos momentos el eje motor de su existencia; que en el taller o en la fábrica, en el despacho o en la oficina piense que lo que gane aquellos meses habrá de invertir en él; que recuerde que las ventajas físicas que pueda proporcionar a la esposa habrán de ir en su beneficio; que, en resumen, en esos nueve meses viva sólo por él y para él. Magnífica paternidad a la que el hombre llegará sin esfuerzo cuando no aprecie en el acto sexual el placer simple y cotidiano, sino que vea en él una posibilidad de reproducción inmediata. Y es que hay una antigua y valiosa opinión, que las investigaciones médicas han confirmado, según la cual, la precisa hora de la concepción **ES LA CONDICIÓN** en que se hallan los cónyuges en el momento de entrefundirse los gérmenes tiene vitales consecuencias para el futuro ser. La influencia prenatal es una hipótesis que

la Ciencia confirma en estos días. Entre los casos estadísticos que dan un porcentaje mayoritario, quiero citaros el de un ente excepcional que confirmó la regla; el de Oscar Wilde, que mancilló su talento con delitos de tipo sexual que hubo que expiar en presidio. Pues bien, su madre confió a una amiga suya y a su médico que mientras estuvo embarazada de su hijo Oscar, deseaba con intensa pasión una niña, veía en perspectiva una niña y se esforzaba vehementemente en tener una niña, teniendo sobre sí el remordimiento de que la perversa lubricidad de su hijo Oscar, provenía de la influencia que ella había ejercido mientras en el interior de la matriz se modelaba su cuerpecito.

La paternidad consciente positiva es un hecho.

¿De qué modo la auxiliaremos mejor para que el hijo venga sólo en el momento en que sea deseable y deseado cuando responda a un anhelo de sus padres y no al azar de la fecundación inconsciente?...

Con la que pudiéramos llamar paternidad consciente negativa, esto es, absteniéndonos de procrear nuevos seres mientras por su situación económica, física o moral, no estén en condiciones de subvenir a sus necesidades.

De aquí el que seamos decididos partidarios de la profilaxis anticoncepcional, que obedece a

los dictados de la higiene, evitando la procreación de seres tarados e incapaces para la lucha por la vida; de la belleza, procurando sólo evitar a la Humanidad el mayor número de ineptos, y dotarla del máximo número de aptos que habrán de ser para la especie y la sociedad los de positiva utilidad; y de la economía, evitando una complación terrible a los bolsillos de los padres, que no ven crecer su salario al par que su prole, y acabando radicalmente con la falsa institución de la beneficencia o caridad oficial y pseudooficial, que pretende remediar y paliar en los efectos lo que no tiene otra solución que la de cortar radicalmente las causas.

Debemos darnos cuenta de que si los médicos como tales no vacilan en prohibir a toda persona atacada de enfermedades crónicas e infecciosas el tener hijos, todos, como el doctor L. Pron de Koinville, deberíamos coincidir en este pensamiento: «Como hombre, creo que todo ser humano tiene el derecho de sustraerse a la procreación por razones sociales o individuales, de las cuales sólo él es juez. Y este derecho no tendrá consecuencias tan funestas como le auguran muchos elementos conservadores, pues el acto procreador, cumplido a principios del siglo XX, como en la edad de piedra, y que durará mientras haya hombres, será siempre una trampa atractiva y engañosa en la que no se ve

de momento más que el placer y nueve meses después las terribles e inesperadas consecuencias.»

¡Trampas de la Naturaleza, no!...

¡Ante todo, consciencia en la paternidad!...

II

Profilaxia anticoncepcional

«Malditos sean los autores de numerosas familias que aumentan el proletariado. Hay que alabar a los machos que se contienen para no engendrar desgraciados, descontentos, revoltosos, carne de cañón y carne de placer. Hace falta enseñar a las mujeres de las clases laboriosas a evitar el engendrar la miseria, las enfermedades y la degeneración.

Es provechoso para la nación, para la moral y para la higiene que las funciones de la generación sean conocidas y conscientes.»

ENRIQUE BAUER

El empleo de los métodos anticoncepcionales es denominado por sus partidarios *profilaxia anticoncepcional*. Profilaxia en terminología médica, derivado de «profilactia» es el medio de preservar una célula, un ser humano o animal, o un grupo más o menos extenso de seres que puede abarcar a toda la Humanidad de una epidemia. Y frente a la epidemia de los naci-

mientos inconscientes que pesan como lastre insostenible para el buen desarrollo de la Humanidad, ésta necesita ponerse una coraza en una buena organización profiláctica que evite los resultados, hasta aquí desastrosos, de esta plaga.

Anticoncepcional, derivado de «anti-conceptio» (contraconcepción) se llama así porque previene la fecundación, ya evitando el contacto del óvulo femenino con la esperma masculina, ya destruyendo los espermatozoides o células del hombre para evitarles su acción fecundante.

Esto y no otra cosa es la llamada *profilaxia anticoncepcional*.

Su iniciador y causas

A pesar de la desarrollada creencia de denominar como malthusianas estas doctrinas, hemos de hacer constar que su iniciador y defensor fué Francis Place, quien en 1882 lanzó la idea de los preservativos o métodos anticoncepcionales como medio de remediar la crisis que Malthus presentó con evidente exactitud en su estudio sobre la población humana.

Thomas Roberto Malthus proponía como único remedio la castidad y la abstención total del contacto sexual con la mujer en el intervalo pre-

ciso, y los matrimonios tardíos para que entre éste y la menopausia femenina quedase un transcurso de breves años que incapacitasen a la mujer para tener más de un número limitado de hijos. Francis Place, avanzando más, hizo ver las funestas consecuencias que podría tener la práctica de la castidad forzada—germen de histerismos, neuropatías, etc.—en personas habituadas a una extraordinaria relación sexual. Y al presentar el uso de los preservativos como remedio hacía ver con evidente justicia que no hay nadie que legítimamente e invocando un derecho inviolable pueda privarle al hombre del placer sexual, sino que éste, por el contrario, debía aguzar su inteligencia para procurárselo, eludiendo las consecuencias que hacían que hasta aquí, por el imperio de la fatalidad que convertía en automáticas las relaciones sexuales, el hombre fuera, como dijo un poeta:

*«hijo del acaso que lanzó
un espermatozoide ciego en el ovario.»*

El porqué social de la contraconcepción

La madre proletaria, la mujer en general, no ha podido hasta aquí dedicar a la maternidad sus máximos esfuerzos, no ha comprendido que la mejor madre es la que emplee una corta porción de los años de su larga, saludable y activa vitalidad en el «exclusivo» servicio de la maternidad. La mujer debiera contar ochenta o noventa años de vida activa; y si tiene tres o cuatro hijos cercenará una proporción bastante grande del total de su vida, cesando en sus ordinarias actividades durante los meses mayores de la gestación y los primeros de la lactancia. Hasta aquí las madres han tenido a gala el tener la prestación de un sacrificio extraordinario frente a sus hijos que las rodean en cuadro desgarrador. Sin embargo, este sacrificio ha resultado hasta aquí completamente inútil. Carlota Gilman, en *Las mujeres y la economía*, lo reconocía, afirmando: «La teoría del sacrificio maternal no resiste al análisis. La hembra humana no puede mostrar muchos resultados justificantes de su situación como un sexo que, especializado

para la reproducción, renuncie a toda personal actividad, a toda honrada independencia, a todo útil y provechoso servicio para consagrarse al glorioso ejercicio de la maternidad. Ni el enorme tanto por ciento de niños que arrebató la muerte, ni el bajo nivel de salud de los supervivientes, ni el progreso material e intelectual dan prueba alguna de que sea ventajoso para la raza humana el sacrificio maternal.»

Los derechos del niño

Por encima de los derechos de los proletarios están, con carácter imperioso, los derechos del niño, que expone la doctora Stopes, diciendo:

«Fundamentales son los derechos del niño, a saber:

Que se le anhele.

Que se le ame antes y después de nacido.

Que se le proporcione un cuerpo sin mancha de enfermedad hereditaria ni contaminación de raciales ponzoñas.

Que se le nutra con el alimento, proporcionado, por la Naturaleza o, en su defecto, con el mejor sucedáneo que sea posible descubrir.

Tener aire puro para respirar; retozar al sol con sus miembros libres al aire y arrastrarse por la limpia hierba, rodeado por la máxima higiene y el mayor respeto a su vitalidad, que está por encima de la de sus propios padres, porque es un ser en potencia que habrá de rendir en el porvenir para la Humanidad. He aquí los derechos del niño, que justifican, para su mejor garantía, la limitación de la natalidad.»

El porqué económico de la contracepción

Nos dirigimos con esto a la clase proletaria y a la clase media, que se ven agobiadas por el peso de una excesiva natalidad y que creen que un «reparto más justo de la riqueza remediaría por completo sus males.»

«El porvenir actual de los Estados europeos —dice J. Liebig—, desde hace medio siglo, *no tiene una base sólida y duradera, sino que descansa sobre la punta de un alfiler.*»

En 1904, Mr. William Hardy publicó un estudio estadístico: *Población y Subsistencias*, en el cual comparando la producción agrícola de

los principales países civilizados con su población, llegó a la conclusión de que «*la tierra no alimenta más que a los dos tercios de sus habitantes*; que los hombres disponen de dos a tres partes, y que en un reparto igual de los productos agrícolas nadie tendría lo necesario».

Un año después, en 1905, M. Ives Guyot, ex ministro, tomaba de nuevo esta cuestión admitiendo como conclusión «que la producción agrícola en trigo y carne en Francia (país estudiado con preferencia) es insuficiente para su población, y que la misma producción *en todo el mundo es muy inferior a la ración necesaria.*» Y, por último, una opinión definitiva, la de M. Daniel Zolla, profesor de la Escuela Nacional de Agricultura, de Grignon, en una conferencia sobre la productividad del suelo y los problemas sociales, dada en la Escuela de Ciencias Políticas y publicada luego con el título *Las fuerzas productivas de Francia*, mostraba las ilusiones que generalmente se forjan sobre la productividad del suelo, y comparando la producción agrícola con la población, llegaba a esta consecuencia: «La más estricta igualdad adoptada para proceder al reparto no podría dar a todos el desahogo y el bienestar, la vida holgada que nos prometen los reformadores sociales.»

Y en la actualidad, tras todos estos interesantes estudios, hemos llegado a la consecuen-

cia de que la causa primera del pauperismo y de los males que ello lleva consigo—como son la prostitución, el alcoholismo, la muerte prematura, la degeneración, las guerras, etc.—no es el reparto defectuoso, sino la indiscutible falta de equilibrio entre la población y las subsistencias, esa antinomia consistente entre la fecundidad humana, bastante atenuada ya por la prudencia de los menos, y la producción del suelo, incluso forzada y obligada a rendir su máximo por un cultivo inteligente; esto es, la oposición que señalaba con acierto un inteligente psicólogo francés: «La oposición entre el hambre y el amor».

Y es que, aunque conquistemos nuevos terrenos, aunque empleemos métodos intensivos, aunque se consagren a los campos, que los hombres riegan con su sudor, enormes capitales y mano de obra eficaz e inteligente, aumentaremos, desde luego, la cantidad de los géneros alimenticios, pero los fabricantes de criaturas, incansables en su labor, aportarán innumerables consumidores, que se presentarán al reparto y que sumirán a la Humanidad en el mismo estado desconsolado de hoy, y esquilmarán a la tierra y a la Naturaleza sin mejorar un punto su, desde luego, trágica situación.

Los proletarios se perjudican a sí propios

He aquí un axioma que los hechos se encargan de demostrar. Los oficios tienen demasiados solicitantes, los desocupados abundan y un ejército de trabajadores famélicos se reúne a las puertas de fábricas y de talleres, dispuesto a entregarse por un salario mínimo, perjudicando su situación y la de quienes, habiendo hallado la colocación anhelada, tienen que sufrir rebajas de jornal para sostener la competencia.

Cuando un conflicto social se produce, a pesar de la solidaridad proletaria, los trabajadores son vencidos por sus propios hijos, arrojados por la miseria en el gran mercado del trabajo, con categoría de aprendices. Ellos son quienes empiezan a «ganarse la vida» haciendo padecer hambre a sus padres huelguistas.

Los Sindicatos—dice Hardy—gritan: «Que vuestro hijo no sea carpintero, porque somos demasiados; que no sea tipógrafo, pues se morirá de hambre; que vuestra hija no sea empleada de gran almacén, ni modista, ni dactilógrafa..., le espera la miseria. Los padres frente a los

hijos en una lucha terrible, devorándose unos a otros, sujetos por las garras del capitalismo, que extrae el máximo rendimiento de todos sus servidores». Terrible realidad, que quienes se llaman católicos debían ser los más interesados en remediarlo, se obstinan en negar predicando desde el púlpito la «resignación» insostenible ante el hambre, la «sumisión» intolerable frente a los avances de la miseria.

El neomalthusianismo no va en contra de la emancipación social

Antaño, cuando las doctrinas neomalthusianas eran desconocidas por falta de divulgación, los teóricos y luchadores de la causa de la emancipación social no aceptaban la veracidad de estas doctrinas, juzgándolas suavizadoras de la situación, y estimando que castraban los ímpetus de rebeldía del proletario. Eran los tiempos en que Carlos Marx, basándose en las frases de Malthus, que, como clérigo y burgués, enfocaba el problema desde un punto de vista erróneo,

censuraba la aplicación de estas ideas en los medios proletarios, y cuando Proudhon, en nombre del criterio revolucionario, defendía el malthusianismo o la castidad y abstinencia de la unión sexual como método útil para el obrero. Eran los momentos en que hombre como Jaime Guillaume, uno de los fundadores de la Internacional y de la vieja Federación del Jura, decía «que el neomalthusianismo ridiculizaba la causa de la emancipación del trabajo».

Hoy todos, salvo escasas excepciones, son los primeros convencidos de la necesidad de estas prácticas, y los partidos socialistas y comunistas son los primeros defensores, hasta en los países más remotos como el Japón, de las prácticas anticoncepcionales, y de la eliminación de la ley de su concepción como delito o práctica prohibida. Se han dado cuenta de que, en estado de desesperación, de hambre y de miseria, el obrero no reacciona más que llegando al atentado personal (anarquismo, acción destructora de fincas, incendio, robo y saqueo) o entregándose a la clase patronal a cambio de un jornal que alivie parcialmente su situación desesperada, traicionando a sus compañeros de lucha, pero nunca preparándose para una etapa constructiva y eficaz en la que pueda desempeñar el papel principal, administrando los medios de producción como legítimamente le corresponde.

La experiencia de Rusia, que organizada bajo un régimen comunista, ha tenido que recurrir a una intervención del Estado con sus propagandas y aun con métodos coactivos para que la proliferación de cada individuo no excediera del máximo de tres nuevos seres, estimando que reducida la mortalidad a uno por cada matrimonio, en el caso mejor se duplicaba la población, siendo por consiguiente de aconsejar la casi absoluta unirreproducción (un solo hijo) para mantener el equilibrio social, ha valido de mucho a algunos exaltados que creían que el Estado por el hecho de estar en manos del proletariado, podía bastarse para mantener masas ingentes de trabajadores en crecimiento intensivo.

Hoy, frente a la tesis de Marx, Reclús, Paul Leroy Beaulieu, Kropotkin, Proudhon, Novicow, etc., se ha visto que la colectividad *comunista que no sea neomalthusiana* será, y es forzosa-mente, una colectividad de miserables.

Y así, los grupos de emancipación social tienen una labor urgente y hermosa que realizar, la que predicán todos los defensores de estas nuevas ideas «crear dispensarios de preservación sexual; dar a los proletarios las indicaciones, los objetos que permitan la «huelga de los vientres», huelga pacífica y salvadora, contra la cual, los privilegiados malintencionados, son radicalmente impotentes».

Proletario

Ese nombre, con el que se denomina a la clase trabajadora, no quiere decir otra cosa que *fabricante de hijos* o prole, y hacía proclamar con justicia a Lorenzo Thailhade, en su Carta a Pablo Robin, que «si el proletariado es infeliz, es casi únicamente porque es proletario, es decir: la gran fábrica de la especie humana, de la cual los privilegiados se surten de carne de trabajo y de carne de placer».

El proletario debe reivindicar para sí y para este nombre la cualidad de productor, pero no de simple y exclusivo productor de hijos. Si los patriotas desean tener hombres para defender el Estado, si los burgueses quieren tener mujeres a su disposición para llenar los burdeles, que sean ellos quienes envíen al ejército y a los lupanares a sus propios hijos, reproduciéndose hasta el límite máximo, pero que no se mantenga este feudalismo oprobioso, señor de vidas y haciendas, en que se tiene una clase determinada—como se puede tener una raza de perros o de caballos, con determinadas habilidades—para surtirles de hembras complacientes y de elementos de defensa en las campañas guerreras.

La natalidad en razón inversa a la fortuna

No creo que sea necesario esforzarse mucho para hacer ver que la natalidad ha crecido hasta aquí en proporción inversa a la fortuna. Jaime Bertillon da estadísticas que demuestran que la natalidad en un distrito de París está en razón inversa de su grado de fortuna.

El distrito que comprende los *Champs Elysées* tiene una natalidad tres veces menor que el de *Belle Ile* o *Buttes Chaumont*. Por cada 1.000 mujeres de quince a cincuenta años, *Me-nilmontant* da 116 nacimientos y los Campos Elíseos, 34. Lo mismo ocurre en Berlín: por 1.000 mujeres de quince a cincuenta años, un barrio muy pobre da 157 nacimientos; un barrio rico, 47. Otro tanto pasa en Londres, Viena, Madrid, etc. Si vamos a los casos individuales, es digno de ser resaltado el que los repobladores más entusiastas y los grandes patriotas sólo saben contar con los hijos de los otros para repoblar el país y dar soldados al ejército. Ni M. Barrés ni M. Deroulede, ni M. Deschanel—

ponemos por ejemplo, en Francia—han presentado una prole numerosa. Si los proletarios imitaran a esos sus representantes, la despoblación de Francia sería considerable. En agosto y septiembre de uno de los pasados años, *L'Intransigeant* publicó listas de personalidades con el número de sus hijos. Entre 445 hombres públicos, sabios, literatos, artistas, ricos, las cifras a las que se llegó fueron:

176	0 hijos
106	1 hijos
88	2 hijos
40	3 hijos
19	4 hijos
7	5 hijos
4	6 hijos
3	7 hijos
1	9 hijos
1	11 hijos

Esto es una proporción por los 445 matrimonios de 578 hijos, o aproximadamente un hijo y un tercio por cada matrimonio. Este promedio al que llegan seres que tienen como mínimo una renta de 15.000 francos (que es lo que cobran del Estado francés los diputados) no debía, siquiera en buena lógica, ser igualado, ni mucho menos superado, por obreros y oficinistas, cuyas rentas son insignificantes comparadas con las de estos otros matrimonios.

Los métodos anticoncepcionales son higiénicos

En bastantes ocasiones se ha dicho para refutar la ventaja del empleo de los métodos anticoncepcionales que no eran higiénicos. Al tratar del modo de utilizarlos hacemos ver que es necesaria una extraordinaria limpieza por parte de la mujer. Sin embargo, a pesar de que hoy no se atreven ya muchos de nuestros contradictores a hacer esta rotunda afirmación, el doctor Lutaud ha resumido lo expuesto, manifestando que de una investigación hecha entre los médicos de París, que pertenecen, por su posición, a una clase superior de la población, de cada 1.800 matrimonios de médicos, se cuenta, por término medio, un hijo y medio para cada uno. Los médicos, nos dice, son personas instruídas y perfectamente capaces de saber lo que es perjudicial para la salud. Y con ello se ha venido a probar que los que creen que la escasa natalidad es perjudicial para el desarrollo de una nación, deben emplear otros argumentos para convencer al público.

La burguesía y el capitalismo emplean los métodos anticoncepcionales

De estas estadísticas y hechos se deriva que las señoras de la burguesía, las damas de la aristocracia, las de estos médicos, utilizan estos procedimientos anticoncepcionales. Y, a pesar de ello, pues de otro modo no se justifica, la restricción visible de su natalidad, son menos graciosas, menos recatadas, menos dignas, menos respetadas que sus hermanas de los barrios populares, desgraciadas, ajadas por los partos, rodeadas de criaturas, esquilmadas por su exceso de producción infantil... Los «mejores» por su posición económica y por su nivel intelectual, se reproducen restringidamente. Los que por su posición económica están en situación de inferioridad se reproducen sin tasa, creándonos a todos verdaderos conflictos. Si la Justicia inmanente se cumple, el proletariado hallará en los métodos anticoncepcionales un medio de defensa frente a la superioridad moral de la clase burguesa, que, contando con más

medios para sostener, restringe su natalidad para dominar con más facilidad las masas inconscientes e irreflexivas.

Justificación del neomalthusianismo

«El problema de la dicha humana — decía Paul Robin— se compone de tres partes, a resolver en este orden y en él únicamente: *buen nacimiento, buena educación, buena organización social*. Los esfuerzos para resolver una de las últimas partes del problema resultan perdidos si no se resuelve la primera.»

Y es que hoy el neomalthusianismo no sustituye a los regímenes de libertad, sino que precede. No viene a ocupar el lugar de las conocidas profecías de los sistemas sociales, sino a servirles de base. No es una panacea sino el punto de partida, indispensable de todo criterio sobre una mejor organización social. La cuestión sexual está en el origen de la cuestión social.

Los proletarios, en su inconsciencia—y comprendemos en esta denominación a cuantos vi-

ven de su trabajo, ya tenga éste una retribución mayor o menor—, son, en definitiva, en su inconsciencia, los artesanos de la miseria, del sufrimiento y de las desigualdades flagrantes que sufren en todos los regímenes sociales. Ellos, que han labrado su ruina, tienen en sus manos el labrarse su regeneración. Una simple vigilancia, un cuidado atento, una conciencia de su posición en el mundo, particularmente en los momentos de la pocreación, todo ello, sin limitar su placer, sino evitando su responsabilidad, bastan para ahorrarles muchos sufrimientos y la repetición hasta el grado infinitesimal de la miseria y la degeneración humana.

III

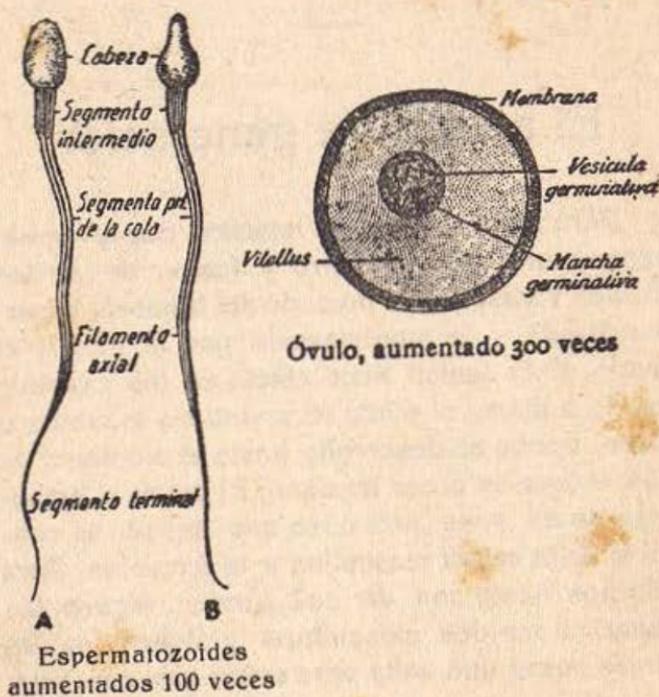
Métodos anticoncepcionales

El acto de la generación

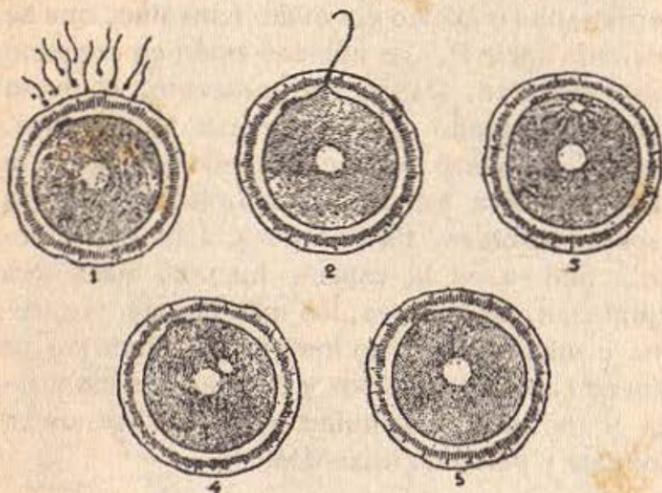
Para nadie es hoy un misterio que el embarazo resulta del encuentro y fusión de las dos células vivas, la que procede del hombre, espermatozoide, y la suministrada por la mujer, el óvulo. Esta fusión tiene efecto en los ovarios, yendo a fijarse el óvulo fecundado a la matriz o útero, donde se desarrolla hasta el momento de convertirse en el ser humano. El evitar el embarazo no es, pues, otra cosa que impedir el contacto de la célula masculina y la femenina. Para ello nos basta con ver qué camino siguen los espermatozoides masculinos y dónde se les puede poner una valla para evitar este contacto.

La selección producida por la lucha entre los espermatozoides

Al introducirse el miembro viril en la vagina, la esperma, acumulada en las vesículas seminales del hombre, pasa a los canales eyacula-



dores y a la uretra, desde donde es proyectada con fuerza al fondo de la vagina, emisión que lleva el nombre de eyaculación. Por consiguiente, los espermatozoides penetran a bandadas en la matriz, moviéndose en su interior en busca



Movimientos y penetración del óvulo del espermatozoide

del óvulo. Sólo el más ágil, y el dotado de máxima vitalidad, logra atravesar con la cabeza hacia delante, la membrana del óvulo en un punto en que el *vitellus*, círculo que lo rodea, forma una pequeña prominencia que se denomina cono de atracción. En cuanto la cabeza del

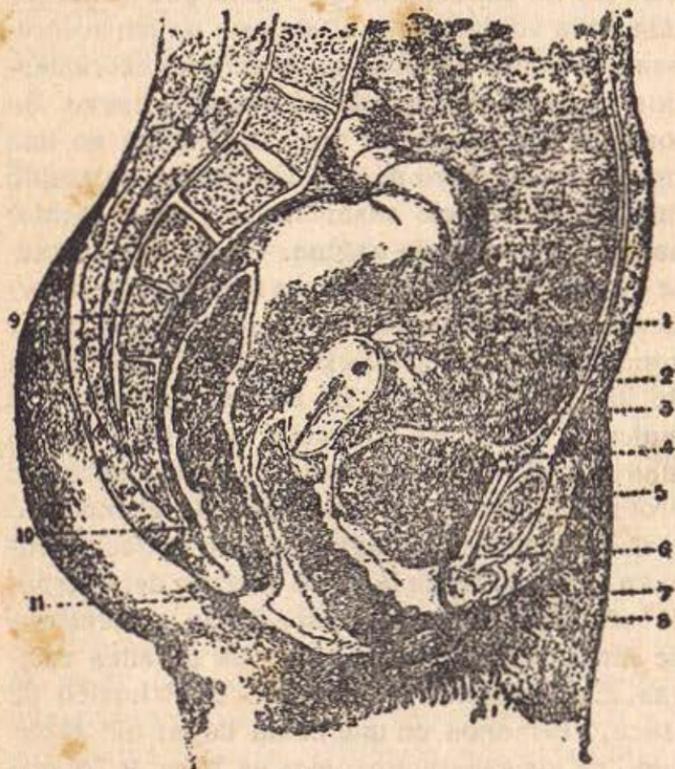
espermatozoide triunfante ha tocado el cono de atracción una nueva membrana se forma, evitando el paso a todos los otros espermatozoides. El vencedor pierde su cola, mientras su cabeza y núcleo, penetran más profundamente en el *vitellus*, yendo al encuentro de la vesícula germinativa o núcleo del óvulo femenino, que se adelanta hacia él. Los núcleos están en contacto y se fusionan. Desde ese momento, el óvulo queda fecundado y el embarazo se produce. Dentro del útero se produce por consiguiente una verdadera selección por la lucha entre los espermatozoides. Es la misma lucha que debería repetirse en la especie humana para que triunfasen los mejores, los más fuertes, vigorosos e inteligentes y no los que por tener mayor dinero cubren sus lacras y deficiencias materiales y morales, y triunfan sobre los buenos en doliente y paladina injusticia.

Por dónde van los espermatozoides

Para los fines de la preservación sexual, es interesante conocer el camino de los espermatozoides. En la figura siguiente veremos la dis-

posición del cuerpo de la mujer, pues mientras la vejiga y el recto quedan a un lado, el camino

CORTE VERTICAL DE LA PELVIS



1. Trompa uterina.—2. Ovarios.—5. Utero o matriz.—
4. Hocico de tenca y orificio externo del cuello de la ma-
triz.—5. Vejiga.—6. Vagina.—7. Clítoris.—8. Entrada
vulvo-vaginal.—9. Corte del sacro.—10. Recto.—11. Ano.

de la vagina va a parar directamente a la matriz, casi en forma de herradura no muy pronunciada, que se abre en su centro por un «cuello» que tiene una longitud total de unos tres centímetros. La extremidad del cuello que forma salida en la vagina o sea el «hocico de tenca» presenta la forma de un cono de vértices redondeados, como el extremo de un pequeño huevo. Su longitud es de diez a doce milímetros en una mujer que no haya parido. En la que ha tenido muchos hijos suele ensancharse y no presentar salida ninguna en la vagina. La situación exacta de este hocico de tenca, es sumamente importante, pues es totalmente necesario que la mujer conozca su colocación exacta para la aplicación de los preservativos. Es preciso enseñar a la mujer el medio de encontrar el orificio de su matriz. Una mujer agachada que introduzca tan profundamente como le sea posible el índice o el dedo medio en la vagina, siente perfectamente en el fondo hacia la parte anterior del cuerpo, al lado de la vejiga una especie de excrecencia de carne, más resistente que las paredes vecinas. Ese mamelón redondeado es el hocico de tenca. Fijémonos en que hasta llegar allí el camino de los espermatozoides es libre, y, lo que es mejor, no pueden ponérsele diques, por no existir punto a que agarrarlos. Será necesario, pues, que a la llegada al cuello de la matriz, úl-

timo reducto, se impida su entrada en ésta, y para ello todos los preservativos de todas las clases y especies que sean se obstinan en cubrir únicamente el hocico de tenca, evitando de este modo el paso de los espermatozoides, que se estrellan frente a la valla del capacete, pesario, esponja, etc., que allí se halla situado.

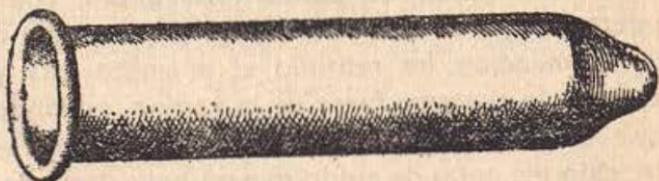
Medios que puede emplear el hombre

Prescindiendo del *coitus interruptus*, coito interrumpido, en que el hombre, previamente a la eyaculación, ha retirado el miembro viril y eyacula la esperma fuera de la vagina, evitando que se ponga con ella en contacto, y de la restricción del coito de modo que no haya derrame, aunque dure largo tiempo el contacto sexual mediante un influjo de la voluntad, medios que pueden emplearse en casos excepcionales, cuando no se tiene a mano ningún preservativo, y cuando las condiciones de dominio y conciencia de hombre y mujer establecen una compenetración para llegar a este fin, aun suprimiendo la parte emotiva de la unión sexual, ante el temor constante de que la fecundación, a pesar de las

precauciones, se produzca en un momento de inconsciencia, los medios que puede emplear el hombre, son: el condón, la capota inglesa, la vasectomía y los rayos X.

El condón

Condón, saco cilíndrico de tripa, goma, seda o caucho, destinado a recubrir el miembro viril. Es necesario que no tenga ningún agujero para que su acción preservativa no sea inútil. Y al colocárselo hay que dejar un espacio entre



Condón de cauchú resistente

la extremidad del miembro y el fondo del preservativo, de unos dos o tres centímetros, para recibir la esperma eyaculada y evitar que en los movimientos del coito el condón pueda romperse. Es un buen preservativo, aunque casi siempre, por evitar gran parte de la voluptuosidad de la unión sexual, suele el hombre prescindir de

él. Se hacen en las más variadas materias, pues desde el señalado por el profesor Forel, hecho únicamente con el «ciego» o intestino de carnero, utilizado sin preparación industrial, medio muy económico pero que exige una extraordinaria limpieza y desinfección, y que puede utilizarse tres o cuatro veces sirviendo momentáneamente para quienes viven alejados de todo centro de población, a los condones de tripa, de fabricación industrial, a los de goma dilatada



Condón de caucho flexible arrollado

blanca, de seda, con anillo o sin él, y de caucho grueso y resistente, existen, pues, todas las variedades. Necesitan, como todos los preservativos, una extraordinaria limpieza. Estos últimos pueden utilizarse innumerables veces y se emplean para evitar contagio, para los que son el medio más seguro, y en los casos en que el embarazo sería una amenaza de muerte y fuera ne-

cesaria la máxima precaución, o porque la capacidad fecundante de la mujer fuese tan grande hasta el punto de superar a los espermaticidas e irrigaciones.

Capota americana

Es una reducción del condón de caucho, no cubre todo el miembro, sino sólo el glande, dejando en la punta un espacio hueco para recibir



Capota americana

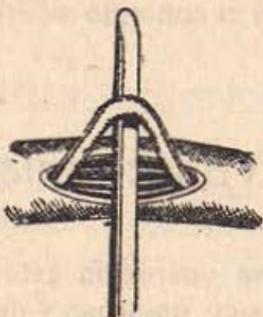
la esperma. La capota americana se cierra por un anillo elástico de pequeño diámetro, colocado sin molestar al hombre y no impidiendo la eyaculación. La limpieza debe ser también ex-

traordinaria. Ofrece el peligro que no siempre se repite, però que puede tener lugar de desprenderse durante el coïto e inutilizar la finalidad para la que ha sido colocada. Esta capota no preserva ya contra el contagio sifilítico.

Vasectomía

He aquí una operación esterilizadora, muy sencilla, muy poco dolorosa y de extrema utilidad. El doctor William T. Belfield, de Chicago, fué el primero que en diciembre de 1907 expuso los experimentos hechos y descubrió el procedimiento por él ideado delante de los magistrados y de los médicos. La castración y vasotomía empleadas anteriormente producían y producen la atrofia dolorosa de los tubos seminíferos. Los operados con la vasectomía conservan el deseo del coïto, y pueden satisfacerlo, su erección es normal, la eyaculación se produce aunque simplemente de líquido prostático sin vitalidad, pero el placer sexual no se destruye. La operación es muy sencilla. Puede hacerse en tres o cuatro minutos con anestesia local. El enfermo no ha de meterse en la cama ni interrumpir sus ocupaciones. Con una incisión superficial en el escro-

to y la extracción del cordón espermático, que sale en masa, desprendiendo el deferente por una sonda acanalada y suturando inmediata-



Práctica de la vasectomía. Por la pequeña incisión hecha en el escroto, la sonda acanalada desprende sin dolor el canal seminal deferente y la esterilización se produce

mente la piel, se produce una esterilización definitiva, fácil, cómoda y que no interviene en la morfología del hombre ni en su placer sexual.

Yo me permito dirigirme a los hombres para hacerles un ruego: Los avances de la ciencia han descubierto este sistema de esterilización. Los que padezcáis una enfermedad contagiosa, los que no queráis gravar a la Humanidad con una generación de seres tarados, los que no hayáis conquistado a vuestra mujer para el em-

pleo por ella de los contraceptivos y que acaso temáis con justicia que ella muestre una repugnancia invencible a su uso por vosotros, pensad en que tenéis aquí una solución que puede ser guardada en secreto, de la que nadie ni aun vuestra mujer se enterará jamás, que no va en mengua de los atributos de vuestra virilidad y que elimina todas las enojosas consecuencias.

Yo creo que como hombres de conciencia no debéis vacilar ante el cumplimiento de este vuestro deber para con vosotros mismos, para con vuestros hijos y para con la especie humana en general. La fácil y cómoda técnica de esta operación y la naturalidad con que puede llevarse a la práctica sin exponeros como antiguamente a la burla disimulada de algunas mujeres que solían despreciar al hombre cuando lo creían inepto para fecundarlas, aconsejan que si meditáis en la responsabilidad que con vuestra conducta contraéis, no vaciléis en adoptar este método tan legítimo, tan humano y tan respetuoso para con los mismos prejuicios que no ven en hombre y mujer más que en el plano de su aptitud sexual.

Acción de los rayos X

Según los trabajos de M. M. Nogier y Rigaud, a partir del año 1909, la esterilidad provocada en el hombre se logra mediante los rayos X obtenidos por filtración de una lámina de aluminio. Requieren un largo tratamiento por lo que no es procedimiento de ejecución inmediata, ya que exigen durante este período la total abstención sexual. Por otra parte, su aplicación es sumamente costosa, y «tiempo y dinero» son dos de los factores esenciales con los que por no poder contar demasiado tiene que saber aprovechar mucho la masa que vive de su trabajo y que produce para todos.

De todos modos, los más prácticos son en definitiva el condón, como preservativo, y la vasectomía como operación quirúrgica. Uno y otro deben ser meditados por todos los hombres que, por su afán de saber que indica un superior nivel intelectual por encima del de sus compañeros más ignorantes, empiezan a preocuparse de los hechos y se dan cuenta de que tanto como los factores del capitalismo y alta burguesía, son ellos quienes contribuyen a mantener el estado de miseria en que se encuentran.

Medios que puede emplear la mujer

Los medios que ella puede utilizar son de tres clases: fisiológicos, mecánicos y químicos. El fisiológico es el coito intermenstrual. Los mecánicos son los obturadores, algodón, absorbita, esponja, pesarios y capacetes. Los medios químicos son los supositorios, pastillas vaginales y polvo anticoncepcional. Y los medios quirúrgicos son los rayos X, la esterilización, la ligadura de las trompas de Falopio.

Irrigación

Tratamos en primer término de ella, porque según algunos autores es estimada como indispensable, aun después del empleo de otros anticoncepcionales. Respecto de su empleo existen dos contrapuestas tendencias. Una, la que lo estima necesario como medida profiláctica diaria y esencial cuando se realiza con una sustancia espermaticida después del coito; otra, la que inició la doctora Stopes en su obra *Procreación*

prudencial, y que han seguido algunos después estimando que la irrigación es perjudicial para la mujer sana, por destruir, si se habitúa a ella, la matriz, las secreciones naturales de ella y por tener propensión a contraer catarros y resfriados de las mucosas vaginales. La irrigación es, desde luego, sabiamente administrada, una práctica higiénica. Ahora bien, ¿la mujer del proletariado tiene tiempo, local, condiciones todas, en suma, suficientes para podérsela dar diariamente? El empleo de la llamada «ducha de Esmark», el irrigador más perfecto, de las cánulas de cristal, o de la cánula espectral, o de la cánula de obturador, o de las cánulas de doble corriente, exigen el empleo de una gran cantidad de dinero de la que no puede disponer. Por otra parte, como durante la noche es difícil que la mujer, agotada por las tareas del día, se preocupe de otra cosa que de acostarse y no de tener preparada la irrigación para dársela inmediatamente después del coito, aparte del deplorable efecto físico que ello produce en el marido, no es tampoco de suponer que al día siguiente, la mujer, que tiene que levantarse temprano, arreglar el desayuno para sus hijos y su marido e inmediatamente disponer la casa, carece ya de tiempo para dársela, máxime suponiendo que entonces, por la eficaz acción inmediata del espermatozoide, el óvulo puede estar ya fecundado. No obs-

tante, para quienes tengan tiempo y puedan hacerlo, aconsejamos que se tome, llenando el recipiente de líquido con una solución espermaticida a una temperatura de 30 a 35 grados. Colgando el aparato de la pared, colocándose sobre el vaso de noche, a ser posible en la cama, con los pies planos, las rodillas levantadas, apoyándose contra un mueble o contra las almohadas, para que el cuerpo haga ángulo, introduciendo la cánula o goma en la vagina tan profundamente como se pueda, cerrando después la vulva con la mano para impedir la salida del líquido, haciendo que de este modo, bajo la presión del agua, se distienda la vagina y sus numerosos pliegues y fondo sean bañados por el líquido, dejando escapar luego el agua y repitiendo la operación hasta que se haya acabado todo el líquido del recipiente.

He aquí una fórmula perfecta de irrigación que puede ser utilizable con confianza.

Pequeña irrigación

Se proporciona con una jeringa de inyección que se llena de líquido espermaticida y se vacía apretando el pistón hasta que se acabe el líqui-

do, el cual, al penetrar en la matriz, anega y mata los espermatozoides vertidos en la vagina y en el preservativo. Exige muy poco tiempo, y son muchos los que la recomiendan a pesar del uso del preservativo por su poco coste y eficacia, ya que mata los espermatozoides que hayan sido recogidos en éste y evita su permanencia con vitalidad en la vagina.

Líquidos que pueden emplearse

Los líquidos que pueden emplearse en una y otra de acción espermaticida, pueden ser el vinagre, empleado en la dosis mínima de 30 gramos por litro de agua hervida o un cuarto de vaso ordinario por litro de agua; el ácido bórico, en dosis de 20 a 40 gramos, por tener una acción muy débil; el ácido cítrico; el tártrico, tan sólo de 2 a 5 gramos por litro, y el formol y sublimado corrosivo, empleados en una cucharada como las de café por cada litro de agua. La inyección o pequeña irrigación espermaticida debe hacerse casi exclusivamente con líquido espermaticida, y puede hacerse con agua y sal o ácido bórico, que perjudica a algunos preservativos como el Securitas, del que hablaremos lue-

go, o con agua y vinagre, que son las más usuales e inofensivas, pudiendo utilizarse también el agua oxigenada, de una efficacísima acción espermaticida.

El coíto intermenstrual

Se denomina así al que se realiza entre las épocas de las dos menstruaciones, evitando toda unión en los ocho días anteriores a la regla y los ocho posteriores. Su teoría se apoya en los experimentos de Raciborski, que afirmó que existía un período en que la mujer no puede ser fecundada, pero si bien este período llega en unas a unos diez días, en otras se reduce a tres o cuatro y hay bastantes mujeres que no lo tienen. El coíto intermenstrual no es seguro ni ofrece garantías de éxito, salvo casos excepcionales, aparte de que suele violarse inconscientemente en muchas ocasiones.

Medios mecánicos

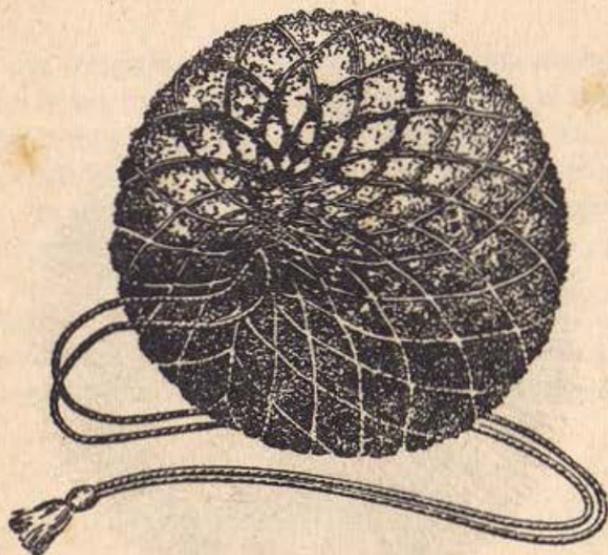
Para el empleo de todos los medios mecánicos en los que intervienen de modo tan directo las manos de la mujer, éstas deben estar irre-

prochablemente limpias o utilizarse un guante o dedal simple de caucho fino previamente lavado con un líquido antiséptico. Para evitar que se atribuyan a los anticoncepcionales efectos deplorables sobre el organismo humano, provocando sus enfermedades, etc., es necesario que tanto las manos como los preservativos estén irreprochablemente limpios, ya que sólo algunos, como el pesario Securitas, disponen de instrumento especial para colocarlos.

Esponja

Para el empleo de todos los medios mecánicos en los que interviene de hecho una sustancia filamentosa o porosa, la limpieza debe ser extremadísima, ya que siendo uno de los medios más utilizados, es preciso rodearlo de todas las precauciones para que no se dude de su eficacia. Es uno de los preservativos más antiguos. Se conoce con el nombre de «esponja de seguridad» y suele venderse con una cinta de seda que se disimula entre los muslos y de la que se vale la mujer para extraerla después del coito. Tiene que ser una esponja fina, compacta, de poros pequeños, bastante grande, de unos cuatro o

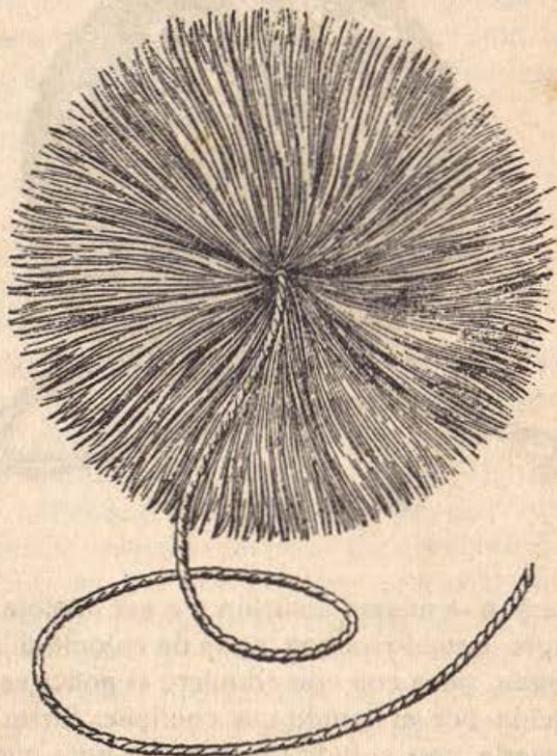
cinco centímetros de diámetro, para que llene el fondo de la vagina. Una vez utilizada debe ser muy bien lavada con una solución de agua sublimada, y antes de utilizarla deberá humede-



Esponja de seguridad

cerse con la misma solución y a ser posible con vinagre aguado o con agua de colonia diluída en agua, pues con ello adquiere el poder espermaticida por el líquido que contiene. Basta con empujarla con el índice o el medio para que recubra el hocico de tenca, pero no se apriete de-

masiado. La esponja puede ser desplazada de su puesto durante la cópula, y si es grande, puede molestar al hombre. Vencidas estas dificultades es un medio seguro y muy antiguo y que ha dado buenos resultados.



Absorbita

Bolsa de hilo de seda o Absorbita

Se trata de una serie de filamentos sedosos muy finos, pero muy sólidos, irradiando en torno a un punto de unión o nudo central provisto de un cordoncillo. Colocando el índice en este centro, se introduce hasta el fondo de la vagina. Una vez fuera necesita limpiarse y peinarse, por lo cual ofrece mayor dificultad de asepsia, no debiendo emplearse si no se tienen tres o cuatro de repuesto. Su limpieza es, desde luego, bastante difícil y requiere el empleo de algún tiempo.

Algodón hidrófilo

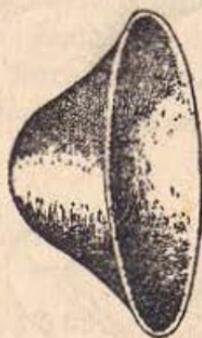
Es un preservativo muy económico. Del tamaño de un huevo algo mayor que el de gallina, se toma un trozo de algodón y se aplasta en forma de galleta circular de 7 a 8 centímetros de diámetro. Se introduce con el dedo índice. Se llena, pues, bien el fondo de la vagina, que queda recubierta en su hocico de tenca por un sombrero de algodón de bordes vueltos que se

opondrá al paso de los espermatozoides. Este preservativo debe renovarse cada vez, y su extracción debe ser total para evitar que el algodón que quedara dentro de la vagina en pequeños filamentos provocara una infección. Sólo mujeres que tengan una extraordinaria limpieza pueden usar con probabilidades de éxito este preservativo.

Pesarios o capacetes

El primer modelo de éstos fué el llamado PESARIO MENSINGA, llevando el nombre de su inventor, aunque en realidad es un «pesario vaginal» que hoy se hace con todas las calidades de tejidos posible. Este no cubre exactamente el hocico de tenca, sino que se apoya exclusivamente en las paredes vaginales ocultando detrás la abertura de la matriz. (Véase cómo queda colocado en el grabado.) Es una delgada membrana de caucho muy flexible, en forma de casquete, fijada a un resorte muy sencillo. Para colocarlo se moja con una solución de agua jabonosa o preferiblemente de un líquido antiséptico, y si es necesario se mojan también las partes genitales, luego se aprieta por el medio entre el pulgar y el dedo medio para que adopte la

forma de un 8 como se verá en el grabado y se introduce con la membrana hacia abajo, para que la parte que penetra primero (la convexa o en curva) quede hacia el recto, para que así colocado, oblicuamente obture por completo la

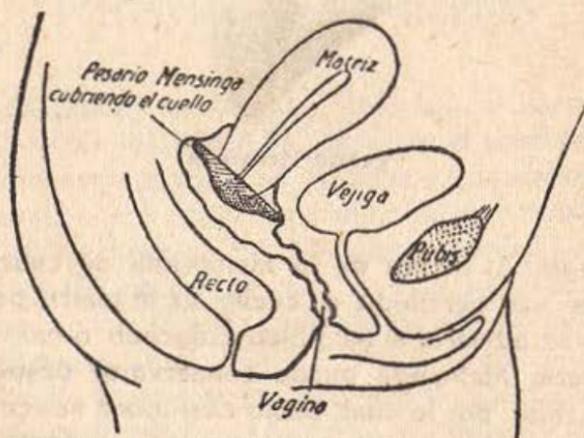


Pesario Mensinga

vagina. Al través de la membrana de caucho debe ser percibido el cuello de la matriz para que se advierta si está bien colocado o no. El pesario Mensinga puede conservarse después del coito, por lo cual, como casi todos sus compañeros, los demás capacetes, es sumamente útil, ya que evita el que en el caso de que el marido se oponga a su empleo, pueda conocerlo, y deja que tras la unión sexual pueda venir con la tranquilidad el sueño reparador que de otro modo parecería turbado. El pesario Mensinga,



Su colocación



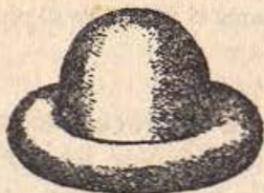
Conocida ya la configuración de la matriz por la figura del corte vertical de la pelvis, se verá en el objeto rayado cómo aparece una vez colocado el Pesarío Mensinga.

a) La matriz.—*b)* La vejiga.—*c)* El pubis.—*d)* La vagina.—*e)* El recto.—*f)* El pesario.—*g)* El hocico de tenca o cuello de la matriz que éste aparece cubriendo.

como todos, y no nos cansaremos de repetirlo, debe ser limpiado minuciosamente con agua tibia y jabón con un líquido espermaticida, un poco de vinagre, agua de Colonia o agua oxigenada, y secado inmediatamente con un lienzo bien limpio, cambiándolo cuando presente grietas o deje de ser flexible y cómodo, cosa que no sucede con frecuencia, pues con limpieza suele durar algunos años.

Pesario francés

Este, que lleva asimismo el nombre de pesario de fondo, de casquete y de anillo, o de capacete Pro-Race e imitando al cual se han he-



Capacete francés o pesario de casquete,
Pro-Race, de anillo, etc.

cho todas las variedades posibles, se compone de un anillo macizo o hueco y de una membrana en forma de casquete. El tamaño del anillo

es variable y suele ir provisto de una cinta, aunque no conviene el uso de éstas, pues al tirar de ellas por hallarse fuertemente adherido puede producirse una desviación de la matriz que se achaca injustamente al anticoncepcional. El pesario de fondo debe cubrir exactamente el cuello de la matriz, apoyándose sobre las paredes del fondo de la vagina, por lo cual es necesario comprarlo a la medida del órgano, que difiere mucho en las nulíparas del de las multíparas,



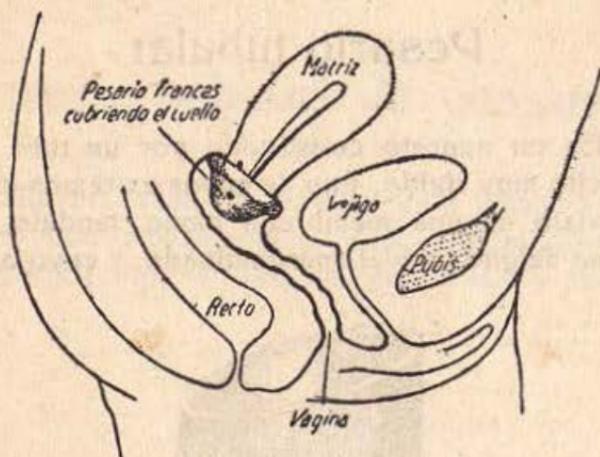
Modo de cogerlo para su colocación.

El dedo medio, detrás.

Entre el pulgar y el índice va el anillo o borde.

donde su anchura aparece mayor por la dilatación de los partos. Desde los 27 milímetros de diámetro a 38, se hacen varios tamaños, siendo su colocación muy sencilla, conocida la situación del hocico de tenca, aunque siendo conveniente, las primeras veces que se use, no llevar corsé, cinturón, ni nada que oprima talle o vientre. Este pesario se coge de manera tal, que el dedo medio toque en la parte convexa del cas-

quete, apretando el anillo entre la segunda falange del dedo índice y del pulgar. Entonces la mujer se agacha, se introduce el medio así cubierto en el canal vaginal hasta que toque el hocico de



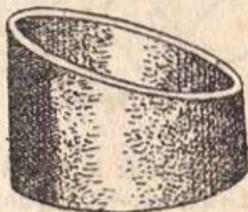
Conocida la disposición de la figura anterior se verá:
a) La matriz.—*b)* La vejiga.—*c)* El pubis.—*d)* La vagina.
e) El recto.—*f)* El capacet colocado.—*g)* El cuello de la matriz. La diferencia con la figura precedente está en que este capacet se acomoda al cuello de la matriz siendo de su mismo tamaño mientras el anterior se limitaba a descansar sobre las paredes vaginales.

tenca, que deberá sentirse al través de la membrana de caucho. Apriétese con cuidado hasta que el cuello de la matriz quede bien encajado en el interior de la membrana, con lo que ya no

podrá cambiar en modo alguno de sitio, pudiendo llevarse constantemente a condición de lavarlo minuciosamente cada día.

Pesario tubular

Es un aparato constituido por un tubo de caucho muy rígido, uno de cuyos extremos está provisto de una membrana plana, tendida, de goma delgada o piel apergaminada, y cuyo otro



Pesario tubular

extremo, destinado a encajar en el fondo, forma una sección oblicua. No se apoya en las paredes como los otros pesarios, sino que se aplica en el hocico de tenca, adhiriéndose sobre él como un dedal en el dedo o una ventosa sobre la piel. M. Gott Chalk que lo inventó, no reconoció que luego su colocación es difícil aun recubrién-

dolo de una capa jabonosa, y que su extracción es difícilísima por formar ventosa sobre la piel y desprenderse con alguna dificultad.

Pesario tubular de casquete

Una modalidad del anterior es el llamado pesario tubular de casquete, reduciendo al mínimo la parte tubular—como un centímetro—y unido



Pesario tubular de casquete

a un pesario de fondo o francés del tipo que ya hemos visto antes. Necesita también una extraordinaria limpieza y su colocación y extracción ofrece casi los mismos inconvenientes del anterior.

Pesario de Matrisalus

Modificación del pesario Mensinga, está formado por una membrana tendida, formada de dos partes curvadas, en las cuales la menor se coloca en la parte posterior y la mayor en la



Pesario de Matrisalus

parte anterior de la vagina. Su colocación es muy difícil, por lo que en principio no es recomendable.

Muchos otros pesarios, como el de Polski, el de Caves y otros, se nos ofrecen como tentativas, pero sin la debida eficacia.

Pesario con esponja

Suelen haber otros pesarios o capacetes de la misma forma, revestidos de esponja que cubren todo el capacete, de goma, y que se empa-

pa con agua avinagrada o alguna otra solución espermaticida. Pero es más difícil de limpiar y su peso es el máximo con la esponja. Caso de desear añadir ésta, es casi siempre preferible colocarla aparte del capacete de goma para facilitar la limpieza de ambos.

Capacete plano. Dumas

Se trata de un trozo plano de goma recta y pesada en forma de lente que obtura el extremo de la vagina y no el cuello de la matriz. Es muy costoso, por lo que algunas suelen recurrir a él creyendo que es mejor por su mayor precio.

Puede torcerse o cegar el cuello de la matriz y no deja sitio libre para el flujo menstrual si éste sobreviene inopinadamente, ni para las naturales secreciones durante el coíto.

Capacete holandés

Simple modificación del pesario Mensinga, es un pesario de goma, aplicado sobre un muelle de acero. Se aplica de modo que quede en la vagina con la parte convexa hacia arriba, a distinción del capacete obturante, y está destinado

a cerrar el extremo de la vagina, pero no el orificio de la matriz. Algunas mujeres están muy satisfechas usándolo, pero hay muchas pruebas de que no existe gran confianza en su eficacia, entre ellas las suministradas por Furbringer, que después de dedicarse a analizar los resultados de todos y cada uno de los contraceptivos, decía de éste que «su colocación requiere mano muy experta, porque se desprenden con mucha facilidad, y algunas de mis clientes han contraído dolorosas y persistentes inflamaciones de los anexos a causa de la incesante manipulación». La existencia del borde de acero como causa de estas molestias, hizo pensar en todos los capacetes obturantes sólo de goma flexibles y cómodos, que son los más utilizados.

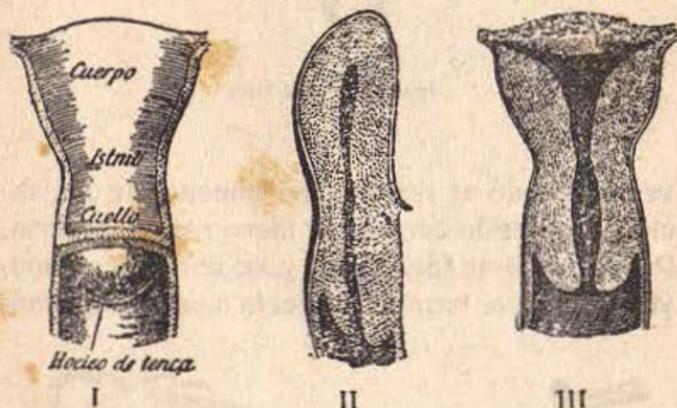
Pesario Mizpah

Tiene un doble borde para que se pueda quitar y poner fácilmente la copa, dejando suelto el borde macizo. Ahora bien, a causa de la doble ranura no puede limpiarse bien y necesita desmontarse constantemente, siendo preciso algunas veces, por sus dificultades, colocarlo desmontado, por lo que no es cierta su mayor facilidad. El Mizpah tiene, desde luego, las venta-

jas generales del capaceté obturante, pues tiene copa blanda y suficiente tamaño, aunque debe aconsejarse que no se deje puesto como los anteriores por su mayor dificultad en la limpieza.

Pesarios Securitas

Otro de los productos más modernos, fabricado a base de aluminio-platino, es una lámina que se adopta a la forma del cuello de la matriz y al útero. Para adoptarlo e introducirlo es nece-



I. Matriz o útero. Cara anterior.—*a*) Cuerpo.—*b*) Istmo.
c) Cuello.—*d*) Hocico de tenca.—II. Corte medio.
III. Corte transversal.

sario estar acostada boca arriba, con las piernas abiertas y luego dobladas en puente; con la mano

izquierda se busca la entrada del útero y luego se introduce el pesario con la mano derecha, merced al aparato de introducción dibujado. Una



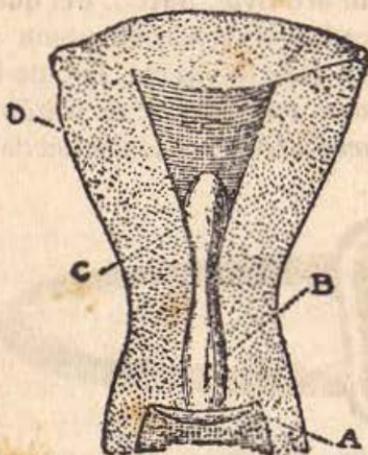
Pesario Securitas

vez adaptado se retira el instrumento de colocación, quedando cerrado el útero por el pesario. Puede retirarse fácilmente y se coloca con mayor rapidez al terminar la regla menstrual, cuan-



Instrumento para colocarle

do la matriz aparece dilatada. Puede llevarse desde el fin de una menstruación hasta el principio de la siguiente, ya que no impide las naturales secreciones de la vagina. La irrigación que



El pesario Securitas en el útero

se dé después del coïto será de agua tibia con vinagre o agua oxigenada o formol, pero nunca con sosa, sublimado o ácidos de esta naturaleza que deterioran el pesario. Hay tamaños para nulíparas (ningún parto), uníparas (un parto) y multíparas (que han tenido varios partos).

El preservativo completo

Denominado también «Madre de familia», consiste en un aro oval, hueco, del que sale un a modo de cordón invertido de goma muy delgada que forra toda la vagina. Impide la absorción del semen por ésta, que según algunos médicos es beneficiosa para la salud de la mujer,



Preservativo completo o «Madre de familia»

aunque desde luego debe usarse cuando el embarazo, de producirse, sea mortal, en los casos de afecciones venéreas y como preservativo máximo, en los casos en que un terror grande por parte de la mujer que influya en su psiquismo, la haga temer un embarazo, a pesar del empleo de capacetes, pesarios, esponjas u otros anticoncepcionales. También pueden usarlo las

mujeres que no viviendo ya para el placer sexual tienen que soportar el contacto de sus maridos viciosos, evitándose de este modo las consecuencias de actos impremeditados de esta naturaleza y acaso el contagio de enfermedades infecciosas.

Medios químicos Supositorios vaginales

Se trata de preservativos solubles, constituidos por una materia que se funde a la temperatura del cuerpo, a la que van unidos los espermaticidas antisépticos. Se introduce poco antes del coito, con lo que al fundirse embadurna el cuello de la matriz de un modo denso que no pueden atravesar los espermatozoides. Son de por sí, aun sin el empleo del espermaticida, obstáculos insuperables al paso de las células machos. Los hay de varias formas (olivas, conos, óvulos, tabletas). Pero hay fórmulas que pueden hacerse en casa con gelatina, agua, glicerina y biclorhidrato de quinina que se vende en la botica. Por 100 trozos de pasta, se dejan durante algunas horas 20 gramos de gelatina fina y transparente en 40 gramos de agua fría, se añaden 100 gramos de glicerina y 10 de bi-

clorhidrato de quinina. Se funde al baño maría y se vierte en un plato ligeramente aceitado. Se corta en pedacitos de unos dos gramos, se guarda en cajitas bien cerradas y con papeles bien limpios. Debe introducirse cuatro o cinco minutos antes del coito, apretándolo hasta el fondo de la vagina. Es necesario para que surta su efecto que en el momento del coito se haya fundido.

Pastillas vaginales

Tabletas comprimidas, fáciles de disolver, se componen de ácidos bóricos, como el metaborato de sosa y perborato. Al introducirse y fundirse producen agua oxigenada, líquido espermaticida. Su introducción es la misma de los supositorios, y se usa en Alemania y en Rusia entre las mismas clases pudientes por su utilidad.

Polvos anticoncepcionales

Como la vagina segrega constantemente un líquido que mantiene húmedas sus paredes, los polvos cuando entran en contacto con este líquido constituyen una capa pegajosa y aglutinante

de gran valor espermaticida. Se proyecta con instrumentos especiales. El primer aparato de esta clase se fabrica en Holanda con el nombre de Atoko. Se llaman dilatadores vaginales y tienen una forma un poco curvada para dirigirse hacia el hocico de tenca, dando paso al polvo cuando se aprieta la pera de lanzamiento. Los brazos distienden la pared vaginal, permitiendo la llegada directa del polvo al cuello. Para emplearlo, métase el instrumento tan profundamente como sea posible en la vagina, y apretando la pera, quedará impregnado de polvos el hocico de tenca y el fondo y paredes de la vagina. El polvo anticoncepcional se compone de 5 gramos de ácido bórico, 2 de ácido tónico, 35 gramos de almidón de trigo, y en algunas ocasiones, de goma arábiga en polvo.

Medios quirúrgicos

La esterilización. Ligadura de trompas, etc.

El método quirúrgico más conocido es la llamada resección de las trompas de Falopio o laparatomía. Sin embargo, es una operación que de practicarse totalmente, extirpando los ovarios,

es excesivamente dolorosa y muy cara, y practicándose sencillamente, ligando las trompas de Falopio, puede dejarse sin efecto su finalidad de evitar la fecundación. La prueba es que el doctor A. Normal Mc. Arthur, en una carta inserta en el *British Medical Journal* de 11 de diciembre de 1920, dice: «Hace algunos años operé a una mujer que sufría prolapso de la matriz, amputándole el cuello y ligándole con hilo de seda las trompas falopianas. Al cabo de año y medio compareció en mi consulta embarazada de cuatro meses, a pesar de que yo le había dicho que no tuviera ya miedo de quedar en cinta. Confiada en ello, no volvió a tomar ninguna de las precauciones que había estado tomando durante nueve años. Por fin, nació un niño que pesaba 6 kilogramos; pero la madre tuvo un parto laboriosísimo, y se reprodujo en peores circunstancias el prolapso de la matriz. La operé de nuevo, y vi que no quedaba ni vestigio del hilo de seda ni señal de haberse seccionado las trompas de Falopio, que se hallaban en estado normal.» Es necesario tener, pues, cuidado con la cirugía aplicada a la no fecundación, ya que ella puede no dar los resultados apetecidos.

Las radiaciones roentgenianas de rayos X en la mujer, producen la desaparición anatómica de los folículos de Graf sin afectar a la secreción ovárica. Pero es necesario que se lleven aún a

cabo muchos experimentos positivos para que, en conciencia, nos atrevamos a aconsejar a las mujeres el empleo de este método.

Notas finales

Queremos terminar estas notas generales con una indicación. En tanto el estado republicano no se preocupe de hallar solución a estos problemas y cree clínicas reguladoras de nacimientos que, al lado de las de puericultura que en la actualidad funcionan, enseñen a hombres y mujeres el empleo de los anticoncepcionales y estudien el caso clínico que es cada matrimonio o pareja, todos deben recurrir a la consulta de algunos de los todavía pocos médicos que, libres de prejuicios, ponen su ciencia al servicio de la humanidad desvalida y necesitada de consejo. Ellos son quienes estudiando el tipo, condiciones fisiológicas y psíquicas de hombre y mujer que se sometan a consulta, puedan diagnosticar qué clase de preservativo es el más útil y el más eficaz en cada caso, ya que son muy frecuentes, por desgracia nuestra, los casos en que las mujeres sufren desviación de la matriz que hacen imposible el uso de algunos preservativos. Que el médico sea siempre el tutor que

es excesivamente dolorosa y muy cara, y practicándose sencillamente, ligando las trompas de Falopio, puede dejarse sin efecto su finalidad de evitar la fecundación. La prueba es que el doctor A. Normal Mc. Arthur, en una carta inserta en el *British Medical Journal* de 11 de diciembre de 1920, dice: «Hace algunos años operé a una mujer que sufría prolapso de la matriz, amputándole el cuello y ligándole con hilo de seda las trompas falopianas. Al cabo de año y medio compareció en mi consulta embarazada de cuatro meses, a pesar de que yo le había dicho que no tuviera ya miedo de quedar en cinta. Confianza en ello, no volvió a tomar ninguna de las precauciones que había estado tomando durante nueve años. Por fin, nació un niño que pesaba 6 kilogramos; pero la madre tuvo un parto laboriosísimo, y se reprodujo en peores circunstancias el prolapso de la matriz. La operé de nuevo, y vi que no quedaba ni vestigio del hilo de seda ni señal de haberse seccionado las trompas de Falopio, que se hallaban en estado normal.» Es necesario tener, pues, cuidado con la cirugía aplicada a la no fecundación, ya que ella puede no dar los resultados apetecidos.

Las radiaciones roentgenianas de rayos X en la mujer, producen la desaparición anatómica de los folículos de Graf sin afectar a la secreción ovárica. Pero es necesario que se lleven aún a

cabo muchos experimentos positivos para que, en conciencia, nos atrevamos a aconsejar a las mujeres el empleo de este método.

Notas finales

Queremos terminar estas notas generales con una indicación. En tanto el estado republicano no se preocupe de hallar solución a estos problemas y cree clínicas reguladoras de nacimientos que, al lado de las de puericultura que en la actualidad funcionan, enseñen a hombres y mujeres el empleo de los anticoncepcionales y estudien el caso clínico que es cada matrimonio o pareja, todos deben recurrir a la consulta de algunos de los todavía pocos médicos que, libres de prejuicios, ponen su ciencia al servicio de la humanidad desvalida y necesitada de consejo. Ellos son quienes estudiando el tipo, condiciones fisiológicas y psíquicas de hombre y mujer que se sometan a consulta, puedan diagnosticar qué clase de preservativo es el más útil y el más eficaz en cada caso, ya que son muy frecuentes, por desgracia nuestra, los casos en que las mujeres sufren desviación de la matriz que hacen imposible el uso de algunos preservativos. Que el médico sea siempre el tutor que

gué la vida sexual de los matrimonios. Hasta aquí sólo los sacerdotes se han atrevido a penetrar en el sagrado de la unión sexual de los matrimonios. Que hoy sea el médico, mientras en las clínicas que deben crearse no exista un cuerpo de mujeres especializadas y comprensivas que presten su apoyo a las mujeres que se sometan a consulta, quien desde el momento del matrimonio oriente a los ansiosos de saber por el nuevo camino que posibilite el crear una generación más sana, y que por su número no sea un atentado a la vida de la sociedad que ve sobre sí una plaga de parásitos, inútiles y desocupados por el exceso de brazos que no han tenido en cuenta sus padres al lanzarlos a este mundo a ser sus parias y hundirse entre la miseria, el hambre y el dolor de la indiferencia humana, coincidiendo acaso en sus oscuros pensamientos con el que enunciaba Clemenceau en su famoso discurso en el Senado, diciendo que «la primera violencia de que el hombre tiene derecho a quejarse es la de haber sido engendrado».

Preservativos para casos especiales

Noche de bodas

Puede suceder que por motivos sanitarios, económicos o por haber de viajar a largas distancias se necesite emplear algún preservativo a partir de la noche de bodas. Las probabilidades de embarazo en las primeras cópulas son mínimas. No obstante, en este caso, como la mujer, caso de conservar su virginidad, no puede usar el capacete obturador ni tiene medio de introducir cómodamente un preservativo porque la cópula no ha dilatado aún su matriz, y como el empleo de los supositorios puede—desacostumbrada la vagina a las secreciones espermáticas del hombre—producir alguna escoriación o molestia, debe ser el hombre quien adopte estas precauciones, evitando también de este modo el que la unión sexual sea demasiado rápida, violenta, y haciendo que la mujer, por tener una reacción muy lenta, no disfrute completamente del acto sexual a causa de la rapidez con que cumple su parte el marido.

Casos particulares

Hay también casos en que la matriz aparece caída, porque las mujeres hayan sufrido mucho en los partos no se hayan recobrado bien de ellos, teniendo prolapso en la matriz, lo que priva de eficacia al capaceté obturante. En muchos casos de estos, las mujeres llevan un cinturón o faja de goma para sostener la matriz, lo que impide la colocación del capaceté obturante. En las mujeres de mediana edad y de la clase proletaria en que, por exceso de hijos y falta de cuidado, esta anormalidad en su matriz es corriente, debe emplearse o el pesario Securitas o la esponja y el pesario de quinina, combinados. Lo que es verdaderamente doloroso es pensar y ver, analizando las estadísticas de los médicos que se han preocupado de estos temas, hasta qué punto es frecuente en las mujeres proletarias por el descuido y abandono de médicos y por la falta de Centros de Protección del Estado, el prolapso de la matriz, que pone en peligro en muchas ocasiones su vida en los casos de partos repetidos.

Casos de enfermedad aguda

En los casos en que el cónyugue sufra una enfermedad aguda y contagiosa, deben emplearse los contraceptivos completos (condón, en el hombre y la «madre de familia», en la mujer). Generalmenté el marido suele no importarle, por ignorancia o por desidia, el realizar el coíto en estas condiciones en que lo único que debería admitirse era la total abstención para evitar el contagio, y la mujer debe entonces emplear ella sola el contraceptivo. En los casos de enfermedades venéreas, con mutua conciencia de los dos, es preferible el uso del doble contraceptivo por las dos partes. Y cuando la enfermedad que se padece no es de ese tipo, pero sí tuberculosis, diabetes, transtornos renales, etcétera, basta con que se emplee por uno de los cónyugues y sin desinfectante, que deberá ser utilizado en el caso anterior. Lo preferible en todos estos casos extremos es la esterilización antes que el uso de los contraceptivos, de ese modo bastante enojoso. La definitiva esterilización del hombre deberá ponerse en estos casos extremos como medida voluntaria (cuando él lo solicite, porque reconozca que

acaso no tenga voluntad bastante para evitar la fecundación, practicándose la cómoda y utilísima vasectomía), y obligatoria en los casos máximos en que para el Estado represente un verdadero peligro la creación sin tasa de estos seres.

IV

La limitación por razones higiénicas y económicas

Para la sociedad, como para el individuo, ofrece un verdadero peligro la libre procreación de seres enfermos o tarados. Así, Karl Pearson recuerda un caso típico, que causa verdadero dolor por la influencia hereditaria que ello revela:

«Una ciega tuvo dos hijas que también se quedaron ciegas a la edad de cuarenta años. De sus cinco nietos, sólo una se libró, pues los otros cuatro cegaron a los treinta años. De sus quince biznietos, trece padecieron cataratas. De los cuarenta y seis tataranietos de que se tiene noticia, veinte tenían la vista débil a los siete años y algunos se quedaron ciegos. He aquí, pues, cuarenta individuos defectuosos en una

sola stirpe, que se iban multiplicando y que la Naturaleza, dejada en libertad, hubiera eliminado desde un principio.»

Esto nos obliga a extraer esta consecuencia:

Será obligatorio el uso de contraceptivos, a ser preferible, con sustancias espermaticidas, a toda mujer múltipara que esté afectada o sepa que su marido lo esté por las enfermedades siguientes:

- 1.^a Sífilis activa.
- 2.^a Ceguera congénita.
- 3.^a Tuberculosis virulenta.
- 4.^a Enfermedades agudas del corazón.
- 5.^a Enfermedades de los riñones.
- 6.^a Epilepsia.
- 7.^a Lepra.
- 8.^a Diabetes.
- 9.^a Debilidad mental (caso en que es preferible esterilización, ya que la mujer inconsciente puede no conocer el uso de los contraceptivos y fecundar).
10. Locura puerperal.
11. Albuminuria grave.
12. Ataques de eclampsia.
13. Toxemias.
14. Deformación de la espina dorsal o de la pelvis.
15. Dentro de los dos años a contar desde una operación cesárea.

El distinguido médico doctor Killick Millard, en su discurso ante el *Queen's Hall Meeting on Constructive Wirth Control*, para hablar de la limitación de la prole, estudiada constructivamente, resumió el criterio de la Asamblea allí celebrada en 1921, diciendo: «Hay quienes, a causa de alguna enfermedad, como tuberculosis, epilepsia o mal venéreo, son incapaces de engendrar o concebir hijos sanos y normales. Cada año salen millares de individuos de los sanatorios, hospitales, clínicas, etc., algún tanto repuestos y sin externas señales de la enfermedad, pero con el virus en la sangre y propensos a transmitirlos a sus hijos, continuando la terrible cadena de lacras sociales que aplastará en día no lejano a la Humanidad».

Esta situación en las clases modestas

La Oficina de Higiene Social de los Estados Unidos envió un cuestionario cuyo resultado demuestra que el conocimiento de los contraceptivos es útil para engendrar ciudadanos dignos de la nación, y que el término medio de embarazos fué de este modo de mayor sanidad

física y material. Son muy crecidas las pérdidas de la sociedad computadas por la labor que pudo hacerse y no se hizo a causa de la quebrantada salud de la madre o de la criatura, por el trabajo de médicos y enfermeras en enfermedades que pudieron evitarse y por el coste de gran número de ataúdes que exige la mayor mortalidad infantil. La mayor parte de los partos, malogrados, ocurren en familias pobres, agravando su miseria y acrecentando su aversión a las presentes condiciones sociales. Semejantes partos, cuando las criaturas salen defectuosas, anormales o enfermizas aumentan la crisis, manteniendo a costa pública a los delincuentes, inválidos y dementes. Hoy el «suicidio de la raza» en que se han apoyado muchos de los que nos combaten para afirmar que con ello destruímos nuestra vitalidad, consiste en el mantenimiento de una población degenerada que va manteniéndose a costa de las clases sanas de la sociedad.

La limitación por razones económicas

De sobra queda expuesta en la primera parte de este cuaderno la justificación de la limitación por razones económicas. Están tan unidas fre-

cuentemente estas dos limitaciones de la clase modesta, porque con frecuencia, el proletario suele recurrir a la bebida o contrae alguna enfermedad venérea debido a su misma ignorancia, y en él la doble limitación se impone. Pensemos en los gastos que representa para cada madre cada uno de los pequeñuelos, que son las víctimas inevitables. La alimentación y el vestido hasta el día de la muerte, el no haber podido trabajar con desahogo, y menos en los últimos meses, el descuido de las obligaciones domésticas, el de los demás hijos, el del mismo marido, todo ello representa el *coste de un ataúd* que no es tan sólo la sencilla madera de que se construye, sino todo el coste material y moral en el que suelen incurrir las madres frecuentemente por ignorancia. Marie Carmichael Stopes cita un caso típico de muchas mujeres que, percibiendo algunos reflejos de la verdad, son aún mantenidas alejadas de ella, por la presión de los médicos, servidores de la injusticia de la sociedad actual, esa injusticia que hacía patente Salebi en su obra *La mujer y la feminidad*, cuando decía: «La imposición de la maternidad a una mujer casada, a pesar de su salud y del interés de los hijos no deja de ser una iniquidad, aunque hoy por hoy tenga la aprobación de la Iglesia y del Estado.»

El caso es el siguiente:

«Una de mis alumnas—dice—era una mujer que estudiaba Medicina y estaba tomando té conmigo y platicando sobre los sucesos del día. Como parte de sus estudios había ayudado al médico en la visita de los enfermos que acudían al dispensario de un hospital, y una mujer llegó allí con una escuálida criatura que no cesaba de gemir, diciendo la madre que por más que hacía no le era posible criar sano y robusto a su hijo. Con lágrimas en los ojos impetró vehementemente el auxilio del médico, rogándole que le dijese cuál era la dolencia del pequeñuelo, pues ella no la podía comprender.

»Era la madre una arrogante matrona que se figuraba que sus hijos habían de ser sanos y robustos. Dijo que aquél era el tercero o cuarto y que todos los demás habían muerto en la infancia. El médico la entretuvo con algunas consoladoras vulgaridades, pero la mujer exclamó desesperada: «A mí me parece que mi marido no está del todo sano. Si tiene algún mal, no quiero más hijos, porque cruel cosa es verlos tan miserables como este y que se mueran uno tras otro. ¿Quiere usted decirme, por el amor de Dios, si mi marido tiene o no algún mal?».

»Respondió el médico asegurando que nada de malo había y que ella podía tener más hijos y cumplir su deber con su marido. La estudiante

de Medicina me dijo que el chiquillo era sifilítico. Le pregunté que por qué no se le había dicho, desde luego, la verdad a la madre, y ella me respondió: «Yo me he de examinar, y si hiciera tal cosa el doctor no me dejaría entrar en el Hospital. No quiero arriesgarme a eso, porque no sólo me suspendería, sino que las demás estudiantes sufrirían las consecuencias.»

Y así, entre el temor de unos y los prejuicios pacatos de otros, aquella madre, como tantas y tantas como pasaban a diario y pasan por la consulta de buen número de médicos, perpetuando su raza para perjuicio suyo y de todos. Hace falta acabar con esos llamados prejuicios de pureza que sólo logran aportar un daño mayor a la Humanidad. Este caso es el de una de tantas mujeres como ansiosas de conocimiento recurrían en su ignorancia al médico para que las auxiliase en aquellos momentos difíciles. Hoy el Estado republicano debe preocuparse de hallar solución, creando centros y clínicas donde se enseñe a las madres el empleo de los métodos anticoncepcionales y se las hable con claridad, franqueza y delicadeza de la enfermedad que padezcan, llevando así a muchos hogares, hasta aquí sumidos en el mar de la desesperación, un rayo de luz y un faro de esperanza.

Mujeres conscientes: Declarad la «huelga de vientres», antes que servir con vuestros hijos a

proporcionar carne de cañón y carne de placer para la burguesía gobernante.

» Hombres conscientes: Limitad vuestros hijos; adquirid conciencia de vuestra paternidad. Que ella sea, no producto del azar, sino legítima y reposada respuesta a un largo tiempo acariciado ideal. Mientras no podáis tener hijos, eludid la procreación. Cuando llegue el momento de tenerlos, vivid y pensad exclusivamente para ellos. Un hijo es un ser nuevo al que debemos hacer «superior» a nosotros. No nos olvidemos nunca de aquella frase de Nietzsche: «Hombre. Tu finalidad no es sólo reproducirte. Es superarte.»

V

La gran función social de la procreación

«Las generaciones futuras recordarán con horror, seguramente, este período en que la función más importante y más trascendental, por sus consecuencias, de cuantas han sido confiadas al hombre, yacen entregadas al capricho y a la lujuria individual.»

WESTERMACK

Es hoy una realidad que esa gran función social de la procreación, que es la formación de nuevos ciudadanos, ha sido desatendida en absoluto por la sociedad. Los hombres, inconscientes, guiados por su lujuria, aumentan día a día su familia, sin otro afán ni otro interés que el de satisfacer sus instintos, y creaban en su torno una prole de degenerados, epilépticos, sifilíticos, anormales... Los hombres que empezaban a sentir la responsabilidad del acto sexual

tenían el temor en el momento de la cópula del resultado de aquélla y se abstentían procurándose una continencia casi imposible, o yendo a desahogar en el burdel sus ímpetus pasionales. La situación ha sido y sigue siendo muy dolorosa. Ese gran acto psíquico y social que es la creación de un nuevo ser se verifica entre turbaciones, miedos, rubores y violencias, o en la más absoluta y lamentable inconsciencia. Y a evitar que esto suceda tendemos cuantos deseamos hacer asequibles a hombres y mujeres los medios de evitarse esa intranquilidad, y de hacer, cuando llegue el momento de la cópula fructífera, que ésta venga premeditadamente, con todo deseo y pensando en la gran trascendencia del acto que se realice. No hay nada que rebaje más un acto, por muy sublime que sea, como la repetición que hace que se convierta en hábito y que rijá el automatismo.

Con frecuencia se ven los casos de hombres que lamentándose entre frases indignadas de ver la perspectiva de un nuevo aumento de su familia, increpan a la mujer por no haberlo sabido evitar. Y no es la mujer la única culpable. Lo es él también, lo es en la sociedad con sus gazmofios prejuicios, que ha preferido dejar subsistente un crimen social como el hasta aquí cometido, dejando surgir a la luz a tarados e ineptos, sin enseñarle al hombre los medios de

hallar una eficaz protección contra esa cadena de males.

Yo quiero recordaros que, según nos dice acertadamente Cranckanithorpe, en su obra *Población y Progreso*: «La orden o mandamiento del *Crescite et multiplicamini* (creced y multiplicaos) que los antiguos hebreos pusieron en boca de su Dios gentilicio fué una orden dada cuando sólo había ocho personas en el mundo. Si de nuevo ocurriese alguna vez que los habitantes del mundo entero pudiesen ser contados con los dedos de las manos, dicho precepto volvería a tener un fundamento razonable.» Pero hoy, en que la Humanidad se ha multiplicado en términos tales que cientos y millares de criaturas pululan por el mundo sin haber debido nacer y subsistir, la voz de Jehová ya no puede dejarse oír por boca de los que se llaman sus representantes en la tierra, pronunciando su antiguo e inflexible precepto.

Yo no creo que exista ninguna ley que haya autorizado a los hombres para rebajar el acto sexual como lo han hecho, convirtiéndolo en acto prohibido, castigado con todas las restricciones sociales y condenado inevitablemente a ser el medio de traer nuevos seres al mundo. ¿Quién sabe si acaso no tendrían más razón los salvajes que juzgaban y siguen juzgando distinto el acto sexual de la procreación en sus mujeres?

tenían el temor en el momento de la cópula del resultado de aquélla y se abstendían procurándose una continencia casi imposible, o yendo a desahogar en el burdel sus ímpetus pasionales. La situación ha sido y sigue siendo muy dolorosa. Ese gran acto psíquico y social que es la creación de un nuevo ser se verifica entre turbaciones, miedos, rubores y violencias, o en la más absoluta y lamentable inconsciencia. Y a evitar que esto suceda tendemos cuantos deseamos hacer asequibles a hombres y mujeres los medios de evitarse esa intranquilidad, y de hacer, cuando llegue el momento de la cópula fructífera, que ésta venga premeditadamente, con todo deseo y pensando en la gran trascendencia del acto que se realice. No hay nada que rebaje más un acto, por muy sublime que sea, como la repetición que hace que se convierta en hábito y que rija el automatismo.

Con frecuencia se ven los casos de hombres que lamentándose entre frases indignadas de ver la perspectiva de un nuevo aumento de su familia, increpan a la mujer por no haberlo sabido evitar. Y no es la mujer la única culpable. Lo es él también, lo es en la sociedad con sus gazmoños prejuicios, que ha preferido dejar subsistente un crimen social como el hasta aquí cometido, dejando surgir a la luz a tarados e ineptos, sin enseñarle al hombre los medios de

hallar una eficaz protección contra esa cadena de males.

Yo quiero recordaros que, según nos dice acertadamente Cranckanthorpe, en su obra *Población y Progreso*: «La orden o mandamiento del *Crescite et multiplicamini* (creced y multiplicaos) que los antiguos hebreos pusieron en boca de su Dios gentilicio fué una orden dada cuando sólo había ocho personas en el mundo. Si de nuevo ocurriese alguna vez que los habitantes del mundo entero pudiesen ser contados con los dedos de las manos, dicho precepto volvería a tener un fundamento razonable.» Pero hoy, en que la Humanidad se ha multiplicado en términos tales que cientos y millares de criaturas pululan por el mundo sin haber debido nacer y subsistir, la voz de Jehová ya no puede dejarse oír por boca de los que se llaman sus representantes en la tierra, pronunciando su antiguo e inflexible precepto.

Yo no creo que exista ninguna ley que haya autorizado a los hombres para rebajar el acto sexual como lo han hecho, convirtiéndolo en acto prohibido, castigado con todas las restricciones sociales y condenado inevitablemente a ser el medio de traer nuevos seres al mundo. ¿Quién sabe si acaso no tendrían más razón los salvajes que juzgaban y siguen juzgando distinto el acto sexual de la procreación en sus mujeres?

Se supone a veces, y se cree firmemente, que la petición de buen número de mujeres de que la maternidad no sea forzosa, inevitable y obligatoria, significa que se niegan a ser madres. Esta petición va, por el contrario, unida a un deseo de glorificar la maternidad y hasta hacerla extensiva a aquellas que ahora se ven privadas por los prejuicios sociales de participar de sus alegrías.

«Creo firmemente — escribía hace algunos años Lady Henry Somerset, en su hermoso libro *The Welcome Child* («El Niño bienvenido») — que la vida será más bella y más noble a medida que vayamos reconociendo que el acto culminante del poder creador, lejos de ser una deshonra, constituye la gloria más alta de la raza. Pero si bien la maternidad voluntaria es corona de la raza, hay que convenir que la maternidad involuntaria es todo lo contrario.»

En el sepulcro blanqueado del matrimonio, el viejo espíritu de las religiones obligaba siempre a las mujeres a someterse a una maternidad involuntaria y automática, y a los hombres a soportar la carga de la familia siempre en aumento. Y es que hasta aquí, como acertadamente expone H. G. Wells en su obra *El Socialismo y la familia*, la mujer se ha visto obligada a adquirir la monstruosa costumbre de llevar a cabo su misión suprema de tener hijos y criarlos en

sus momentos libres, que son los que le quedan después de «ganarse la vida», contribuyendo así, como un elemento mecánico, a una producción industrial.

Yo creo firmamente, y deseo llevar a esta convicción a cuantos lean estas líneas, que el acto sexual tiene de por sí la trascendencia física y suficiente para llenar la vida del hombre y de la mujer, acercándoles al placer y favoreciendo su unión más íntima, sin necesidad de la fecundación. Y que cuando el acto sexual deja de serlo para convertirse en función procreadora, la trascendencia social que ello implica obliga al hombre y a la mujer a pensar seriamente en la responsabilidad que contraen ante sí mismos, ante sus necesidades y ante la sociedad a la que habrá de dar un nuevo ciudadano.

El acto de la procreación es tan serio y tan grave que no puede abandonarse al azar el fijar el momento en que un óvulo pueda aparecer fecundado. Placer sin responsabilidad siempre. Placer que dé frutos. Sólo cuando el hogar esté dispuesto a recibir y orientar un nuevo ser y la sociedad un nuevo ciudadano.

El empleo de los preservativos y la moral

Ya no es este el momento de discutir acerca de la legitimidad en el empleo de los preservativos. Es un hecho consumado que ha pasado a formar parte de nuestra moralidad. Cuando miles de personas adoptan una línea de conducta hasta constituir la mayoría de toda la clase *educada* de una nación, como dijo acertadamente Sidney Webb, en la *Revista mensual de Ciencia Popular*, debemos asumir que dicha línea de conducta no se opone a sus ideales y leyes de moralidad.

Hoy, al hablar de la clase educada, no hacemos referencia a la que por su posición social ha podido procurarse una preparación intensiva. Forman parte de esta categoría social todos aquellos hombres y mujeres que sintiendo la gravedad de su misión en este planeta se apresuran a cumplirla del mejor modo posible en beneficio propio y en el de sus semejantes, no por hacer caso a la máxima tantas veces repetida en todas las religiones y no por ello menos incumplida de: «Ama al prójimo como a ti mis-

mo», sino viendo que para que la felicidad individual o familia pueda existir necesita la felicidad social o colectiva que se corresponda con ella.

En la actualidad, el doctor A. W. Thomas, por ejemplo, escribe en la *Revista de Medicina Británica*, que apoyándose en su experiencia personal como médico de familia, no tiene el menor reparo en asegurar que el 90 por 100 de los matrimonios jóvenes de las clases acomodadas usan preservativos, y que las clínicas Malthusianas y Centros de Educación y Bienestar por el control de la Natalidad han hecho tan eficaz propaganda, han acumulado argumentos tan convincentes, que más de un 75 por 100 del proletariado los emplean en la actualidad, viéndose así libres de la gran pesadilla de la procreación inesperada y, desde luego, nunca deseada, y extraídos de la profunda sima de la ignorancia en que antes se debatían creyendo ciegamente que la procreación era forzosa, juzgándola acaso como un sacrificio o una expiación inherente a su conducta, rebelándose contra la sociedad en su injusta distribución de la riqueza, y rebajando siempre el acto sexual hasta hacerlo inapetecible para el hombre y la mujer, obligándoles acaso a pensar como a Lutero, abrumado ante el modo superficial y denigrante en que en su tiempo se verificaba la procreación y que por

desgracia se ha perpetuado hasta la actualidad, que «el modo empleado por la divinidad para hacer al hombre sumamente estúpido, y que si Dios se hubiera dignado pedirme consejo, le hubiera aconsejado que crease a toda la raza humana del mismo modo que nos dicen creó a Adán, formándolo de tierra».

Yo quiero únicamente deciros que es injusto ese criterio fatalista de la Humanidad que obliga a Dios a cargar con todo, hasta con los actos sexuales de millones y millones de seres. No es él; somos nosotros los que hacemos el mundo bueno o malo, los que buscamos nuestras propias y más íntimas complicaciones. Lo que afortunadamente ocurre hoy en la Gran Bretaña ocurre en todos los países civilizados. Y no creáis que en pueblos tildados de católicos como el español—a mi modo de ver uno de los más indiferentes en materia religiosa, porque no ha tenido escisiones en este campo espiritual que le hayan obligado a afirmar su convicción frente a los ataques ajenos, y donde la religión al convertirse en hábito ha degenerado, como está a punto de hacerlo el acto de la procreación—esta limitación por el hecho de la oposición eclesiástica no se ha extendido.

La Iglesia está siempre atenta en lo que a cuestiones sexuales se refiere y va adaptándose al movimiento moderno. A sus hijos ignorantes

y poco educados les enseña que el comercio carnal incompleto constituye un pecado mortal, mientras se abstiene de hacer aclaraciones sobre esta materia, si se trata de fieles cultos y mejor educados.

Hace bastantes años, en 1842, el obispo Bouvier de le Mans, presentó al pontífice Gregorio XVI la cuestión de la generalización cada vez mayor de los métodos de prevención en la concepción, y que siguiendo el viejo criterio de condenar estas prácticas como pecado mortal, los fieles se alejaban de los confesionarios y de la Iglesia antes que renunciar a métodos de los que lograban positivos beneficios en esta vida, que es en definitiva lo único que le interesa al hombre por su natural y legítimo fondo de egoísmo. La Curia Sacra Penitenciaria hubo de reunirse entonces en largas deliberaciones, y juzgando que sólo por entonces se conocía el método fisiológico del apartamiento antes de la emisión o *coitus interruptus* (coito interrumpido), y que esto era debido a un acto del hombre, la mujer «se verá obligada a consentir por obediencia al marido y no cometer pecado alguno».

Medida, como puede apreciarse a simple vista, de fuerte raigambre casuística, en la que dejaba un portillo por el que hubieron de pasar inevitablemente miles de mujeres partidarias de

la religión que de modo tan hábil se adaptaba a los criterios renovadores, no nos parece tan acertada como aquella de Ligorio, «el hombre a quien se tenía entonces por el de más experiencia y conocimiento en estas delicadas materias», quien dice que «el confesor no tiene obligación de hacer indagaciones en materia tan delicada como es el *debitum coniugale* (relaciones conyugales), y que si el penitente no expresaba su deseo de saber su opinión, debe guardar silencio sobre este asunto».

La Iglesia no es, pues, hoy un serio obstáculo para que las tendencias respectivas de la natalidad hallen un campo de avance. Creo dirigirme, sin embargo, a hombres y mujeres libertados casi en absoluto del influjo religioso. Y por ello hablo de que se cree una nueva religión que dé el triunfo a los mejores, y una nueva moral que aprecie antes la calidad de la cantidad.

Las naciones más inteligentes han sido las primeras que iniciaron esta eficaz tendencia, dándose cuenta de que «el nivel económico necesario sólo se logra en una sociedad que aumenta lentamente». Hace falta cambiar por completo el aspecto del mundo. Dejar de preocuparnos tanto de enseñar los dogmas de las diversas religiones para hablar de esta nueva religión que prepare para el triunfo a la Humanidad que hoy se debate entre dudas y vacilaciones. No en

balde Francis Place, dice que: «Si se dedicara a estas verdades no una centésima, sino una milésima parte de la atención que se presta a la enseñanza de los distintos dogmas, es seguro que en poco tiempo habríamos logrado que variasen mucho el aspecto y los hábitos del pueblo».

La profesión médica

Esta profesión fué la primera en autorizar hace bastantes años el aborto cuando se juzgaba éste como el único remedio de limitar la procreación siempre en aumento. Llegó a establecer el principio de que se debe sacrificar el feto cuando así lo requieren los intereses de la madre. Es necesario avanzar unos pasos más. Colocar el aborto sobre una base eugénica, exigiendo derecho y autorización para efectuarlo, siempre que los intereses higiénicos y sociales de la sociedad requieran que se ponga en práctica dicha medida. Es necesario que el médico sea el confesor laico, el único que pueda intervenir en la vida sexual de los cónyuges, quien les oriente e indique los medios de hacer más eficaces, sanas y normales sus uniones íntimas,

tema interesantísimo que seguramente habré de tratar en una de mis obras próximas a salir en breve. La ciencia médica debe ponerse con la investigación en el laboratorio y la propaganda de aulas y tribunas científicas al servicio de la causa anticoncepcional. La ciencia médica debe pensar en la posibilidad de dar muerte a aquellos seres que por sus desgraciadas condiciones físicas y morales sean un peligro y no un objeto de rendimiento para la sociedad. Toda la ciencia maravillosa que se ha puesto al servicio de la causa de salvar la vida, de conservar la vitalidad de verdaderos pingajos humanos, como sólo por milagros de la ciencia han logrado subsistir, puede tener una polarización inmediata en los medios de proporcionar la muerte más dulce a estos seres, de quienes más tarde habrán de avergonzarse sus padres, los núcleos sociales en que se desenvuelvan y la propia Humanidad, que ha tomado la costumbre de creer que remedia su falta creando magníficos hospitales y centros donde recoger y asilar a estos desgraciados, y que cree que aplicando la beneficencia oficial—gran creación que elude toda responsabilidad y tranquiliza todos los escrúpulos—ha remediado el mal que no tiene otro fin que atacándolo en sus cimientos donde ofrece el punto más vulnerable.

«La Medicina—dice el doctor Havelok Ellis—

se ha limitado hasta aquí a la humilde tarea de tratar unos males y sólo hoy comienza a emprender una nueva tarea, más amplia y noble que la otra: la de impedir que estos males se produzcan.»

Los médicos, consejeros de la Humanidad del porvenir, tienen una gran misión que desarrollar. No hay nada peor, más penable, ni de lo que más deban huír hombres y mujeres, que del curanderismo «oficioso» en que hay quien se compromete a hacer abortar, a enseñar a no tener hijos, sin tener los conocimientos científicos que les acrediten su competencia.

Los hombres, las mujeres, necesitados de consejos y de ayuda, deben recurrir al médico y tener en cuenta que si son hasta ahora aún pocos los que definitivamente liberados de todos los prejuicios han emprendido con entusiasmo esta campaña de orientación, nosotros, los médicos jóvenes, o los que aún estudiando la carrera formamos en la vanguardia de esta generación y nos creemos en la obligación de difundir estas enseñanzas, constituiremos en un mañana próximo un núcleo de hombres y mujeres conscientes y preparados para la gran misión que nos incumbe. Deben acabarse los médicos limitados única y exclusivamente al examen microscópico de los bacilos, o al diagnóstico de una enfermedad. El médico tiene que profundizar

ahora en el alma de sus clientes. Las grandes curaciones, los grandes métodos terapéuticos de hoy, tienen tanta base en la Fisiología aplicada, como en la Psicología o el Psicoanálisis. La Humanidad necesita siempre de guías atentos y consoladores. Los ha buscado hasta aquí en la clase sacerdotal, incapaz de prestarles el apoyo requerido. La ciencia, el anhelo redentor, la abnegación y el interés pueden unirse en los médicos de hoy y del mañana que perciban la aplicación de sus estudios como una gran campaña de orientación social de la Humanidad.

Institutos Nipiológicos

Fué el doctor Cacau, de Nápoles, quien creó este término, Nipiología, aplicándolo a unos Institutos Nipiológicos, sin otra finalidad que la de atender a la primera edad de la vida desde el punto de vista higiénico, médico, jurídico y social. Es urgente transformar la orientación de estos Institutos Nipiológicos, ampliándolos y extendiéndolos por toda España con un criterio que auxilie a la eficiente orientación sexual. En España fué el doctor Martínez Vargas, quien,

en septiembre de 1916, fundó en Barbastro, (Huesca), el primer Instituto Nipiológico.

Complemento de toda la labor, comprende hasta aquí Instituciones de asistencia (gotas de leche, asilos de maternidad, comedores para embarazadas y madres nodrizas), Instituciones educativas (escuelas de higiene infantil o puericultura, escuelas para las madres, cátedra de higiene infantil, escuelas populares de maternidad), Instituciones de previsión (mutualidades maternas o infantiles) y Laboratorios científicos para el examen de la leche y el estudio biológico e higiénico del niño.

Dentro de estos Institutos, enfocados desde un nuevo punto de vista, podría incluirse en las Instituciones de Asistencia la necesaria protección y ayuda eficaz del Estado, creando instituciones de esta naturaleza, de tipo absolutamente laico e independiente, tales como la Casa del Niño madrileña, en número de una o dos, como *mínimum*, por cada barrio (no distrito), haciendo que en las Instituciones educativas entrasen las escuelas para las madres, de tipo popular, las escuelas que enseñaran técnicamente los medios de llegar al control de la natalidad, y que en los laboratorios científicos se procurase por sí y por alumnos especializados que fueran al extranjero y estuvieran en constante comunicación con él, los medios de poder asegurar,

mediante el análisis de la sangre, las cualidades hereditarias, la posibilidad de la investigación de la paternidad, los medios de curación, de las taras hereditarias, y las nuevas posibilidades científicas de la esterilización, total o parcial, y los progresos todos de los métodos contraceptivos.

Institutos donde se resumiera la labor, ellos podrían ser, bajo la tutela de un Estado laico y dotado de un concepto revolucionario de tan candentes problemas, los mejores auxiliares y defensores técnicos de nuestra obra.

Clínicas y centros de investigación

Dependiendo del Ministerio de Sanidad, deberían crearse en España Institutos y Clínicas que atendieran y desarrollaran las cuestiones que atañen a la pedagogía sexual. La obra más considerable realizada por esta ciencia es la que han desarrollado estos Institutos. El doctor Max Hoddann es en Alemania el jefe del *Institut für Sexualwissenschaft* (Instituto para el conocimiento de la ciencia sexual) que funciona en

Berlín. Aquí se ha desarrollado desde 1916 una amplísima labor pedagógica, de tipo sexual, y en él se han recogido todos los adelantos y progresos de la ciencia en esta materia, se han dado charlas, conferencias sobre los temas que se ponían sobre el tapete anualmente, y se procuraba extender por todos los medios de propaganda posibles la labor inicialmente realizada y allí acordada.

Freud, por ejemplo, uno de los psicólogos más conocidos y que más hondo ha estudiado el problema sexual, ha desarrollado gran parte de su labor desde su Instituto de Lieja. Utilizando los métodos psicoanalíticos, Freud se ha dedicado a profundizar en el subconsciente sexual, buscando las bases de una psicología de sexo.

En Berlín halla eco esta labor, creándose bajo la dirección del doctor Max Eitinton, el *Berliner Psychoanalytische Poliklinik* (Clínica Berlinesa de Psicoanálisis), cuyos trabajos pedagógicos sexuales han merecido el unánime elogio de los Congresos Internacionales de Psicoanálisis, celebrados en Berlín en 1922 y Salzburgo en 1924, no sólo por la investigación realizada, sino por la enorme propaganda y la difusión que se había hecho en forma sencilla y amena de estas doctrinas. Y uno de los más recientemente fundados, el *Frankfurter Psychoanalytisches Institut*, fundado en Francfort en

1929 por la *Sudwestdeutsche Psychoanalytische Arbeit Gemeinschaft*, continúa la labor iniciada.

España podría tener también estos Institutos de Propaganda y estas Clínicas de estudio, donde los médicos y abogados de la Liga de Higiene Sexual diesen cada año unas conferencias de controversia con la cooperación de los estudiantes de la Universidad (que explayasen el punto de vista de la juventud) y de cuantas personas fuesen llamadas por su especial competencia a colaborar en la obra, conferencias que, publicadas y divulgadas, llevasen a todos los progresos de la ciencia y las nuevas soluciones buscadas a los candentes problemas sexuales, donde cada hora trae su afán, y no podremos nunca izar la bandera del «Non plus ultra»: Nada más allá.

Un plan de estudios sexuales

En estos Institutos y Clínicas podría darse asimismo, mediante un plan de estudios, la enseñanza sexual requerida, a los alumnos y alumnas que lo solicitasen, mediante cursos diferentes según las edades y, a ser posible, según los temperamentos de los individuos que hubieran de recibir la enseñanza.

La Anatomía Sexual, la Fisiología y la Higiene Sexual, serían asignaturas de urgentísima aplicación para la generación actual que, sin participar de las ventajas de una enseñanza eficaz, tiene todos los inconvenientes de la inquietud y preocupación sexual reinante.

Diderot creyó hace un siglo que bastaba con la enseñanza de la Anatomía Sexual.

El mismo, refiriéndose a su hija, nos decía: «Cuando ella lo ha sabido todo, no ha tratado de saber más. Su imaginación se ha adormecido y sus costumbres no han dejado de ser por eso menos puras.»

Una nueva inquietud ha obligado a científicos y pensadores a preocuparse por proporcionarles nuevos conocimientos con la denominada Fisiología Sexual. El desarrollo progresivo de la Ciencia exige el hablar de una Higiene Sexual. Todo ello urgentemente, y sin descuidar en este plan por parte de todos y particularmente de pedagogos y defensores de la nueva moral, el exaltar el criterio ético y puro de las nuevas doctrinas que no son en modo alguno libertinaje, sino por el contrario culto a la belleza y a la sanidad corporal y espiritual, lo que obliga a prestar un mayor interés y la máxima consciencia al acto de la concepción hasta aquí reputado como meramente mecánico o fisiológico.

El conocimiento revolucionario avanza de tal

modo que ya no basta con simples exposiciones teóricas y nociones abstractas. Hay que ver las cosas proyectadas en la realidad. Y hombres y mujeres, mejor aún, muchachos y muchachas, dándose cuenta de ello, tienen no la famosa «sed de amar», de que antaño nos hablaban como suprema aspiración revolucionaria, sino la «sed de saber amar», que indica de qué modo ha entrado el plan sexual en el campo de la inteligencia, huyendo de la resbaladiza pendiente del corazón.

Esta evolución puede resumirse con la famosa y popular caricatura del diario *Simplicissimus*. En ella aparecen dos jovencitas que conversan así:

«—Yo ya sé cómo se hacen los niños.»

«—Pues yo ya sé cómo no se hacen.»

Consecuencias

Son preferibles cien hombres sanos, aptos para la lucha, que mil de los que, quinientos están en los hospitales, trescientos en las cárceles y doscientos sirvan de lastre a la Humanidad impidiéndola, en los asilos, centros benéficos o

en la mendicidad, que llegue a su normal desarrollo.

No hemos de renunciar a nuestras reivindicaciones de un régimen de justicia. Pero ni aún dentro de él podremos gravar al Estado proletario con una superpoblación, que destruiría el nuevo orden de cosas conduciéndonos de nuevo a la miseria.

Los padres no deben consentir ser derrotados en el mercado por sus propios hijos. Debe haber trabajo para todos. Pero el hombre, al llegar a viejo, es apartado por la sociedad, que busca en la carne joven el nuevo motor para sus tareas constantes. Cuanto más jóvenes haya en la liza, más dolorosa será la suerte de unos y de otros; de los viejos, porque se ven arrasados a los ínfimos estadios de la sociedad; de los jóvenes, porque el exceso de brazos impide una mejora en su situación económica.

Quienes vivimos de nuestro trabajo hemos de ser los primeros interesados en restablecer el equilibrio social.

Un consejo

Las madres que sienten la inquietud, la preocupación natural ante este magno problema higiénico y social, prestarían un gran servicio a sus hijas si en la canastilla de boda, entre los presentes amantes i cariñosos allí depositados por sus manos, pusieran uno de estos preservativos y un libro de sanos consejos para conocer la verdadera higiene del acto sexual. Y mientras haya muchas mujeres que, dominadas por ancestrales prejuicios no se decidan a lanzarse a tan *arriesgada práctica*, que sean los hombres los que, con la pulsera de pedida, entreguen a su novia el preservativo que habrá de ser la prueba de segura y perfecta unión conyugal. Que se acostumbren todos, hombres y mujeres, a ver en estos métodos medios higiénicos de la gran profilaxia que pretende evitar la superpoblación y restablecer el equilibrio humano. Y todos, hombres y mujeres de la clase proletaria, los más libres de prejuicios, los que no tenéis otro patrimonio que vuestra salud y vuestra honradez, los que entre los ahorros de los dos juntan lo necesario para comprar su ajuar, que no falten en él estos preservativos, aun los más

modestos; que esos ahorros *de los dos* valgan para comprarlos como una panacea de seguridad para el porvenir. Que pueda llegar un día en que, como las ondas de la piedra que se arroja en las aguas tranquilas del estanque de la paca-tería humana, se extienda a todos, hombres y mujeres de clases altas y humildes, el empleo de estos métodos de profilaxia anticoncepcional, que son el medio de restablecer la normalidad económica en peligro y de mejorar la raza en beneficio individual y para mejora de la Humanidad en general.

La piedra está lanzada.

Sed vosotros, los lectores conscientes, quienes llevéis la nueva, difundiéndola, quienes ampliéis el radio de acción de este cuaderno.

Que las aguas tranquilas del estanque se tornen revuelto mar de agitadas pasiones, que de los grandes movimientos e inquietudes surgen siempre las ideas salvadoras.

INDICE

	<u>Págs.</u>
I.—PATERNIDAD CONSCIENTE	5
II.—PROFILAXIA ANTICONCEPCIONAL	11
Su iniciador y causas	12
El porqué social de la contracepción	14
Los derechos del niño.	15
El porqué económico de la contracepción	16
Los proletarios se perjudican a sí propios	19
El neomalhusianismo no va en contra de la emancipa- ción social	20
Proletario	25
La natalidad en razón Inversa a la fortuna	24
Los métodos anticoncepcionales son higiénicos	26
La burguesía y el capitalismo emplean los métodos an- ticoncepcionales	27
Justificación del neomalhusianismo	28
III.—MÉTODOS ANTICONCEPCIONALES.	31
El acto de la generación	31
La selección producida por la lucha entre los esperma- tozoides.	32
Por dónde van los espermatozoides	34
Medios que puede emplear el hombre	37
El condón	38
Capota americana.	40
Vasectomía	41
Acción de los Rayos X	44
Medios que puede emplear la mujer	45
Irrigación	45
Pequeña Irrigación	47
Líquidos que pueden emplearse	48
El coito intermenstrual	49

Medios mecánicos	49
Espanja	50
Bolsa de hilo de seda o Absorbina	53
Algodón hidrófilo	53
Pesarios o capacefes	54
Pesario francés	57
Pesario tubular	60
Pesario tubular de casquete	61
Pesario de Mafrisalus.	62
Pesario con esponja	62
Capacete plano. Dumas	65
Capacete holandés	65
Pesario Mizpah	64
Pesarios Securitas	65
El preservativo completo	68
Medios químicos. Supositorios vaginales	69
Pastillas vaginales	70
Polvos anticoncepcionales	70
Medios quirúrgicos. La esterilización. Ligadura de trompas, etc.	71
Notas finales	75
Preservativos para casos especiales. Noche de bodas. Casos particulares	75
Casos de enfermedad aguda	76
IV.—LA LIMITACIÓN POR RAZONES HIGIÉNICAS Y ECONÓMICAS	77
Esta situación en las clases modestas	81
La limitación por razones económicas	82
V.—LA GRAN FUNCIÓN SOCIAL DE LA PROCREACIÓN	87
El empleo de los preservativos y la moral	92
La profesión médica	97
Institutos Nipiológicos	100
Clínicas y centros de Investigación	102
Un plan de estudios sexuales.	104
Consecuencias	106
Un consejo	108





1001694203



3 PESETAS

213